

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE FEBRERO DE 1893

Nº 28

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL... B. 4
UN NUMERO SUELTO... B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—D. Vicente Coronado, *apuntes biográficos*.—Alejandro de Humboldt, *por Vicente Coronado*.—A Bolívar, *poesía por Vicente Coronado*.—Las dos ruinas, *poesía por E. Rivoli*.—Observaciones sobre la historia del banano, *por el Dr. A. Ernst*.—Almas inquietas, *primer artículo por el Dr. José Gil Fontoul*.—Preocupaciones, *por Juan S. Larrazábal*.—Qué me importa! *poesía de A. Herrera Toro*.—Juliana la Lavandera, *novela original, por el Dr. Anibal Dominici*.—Henrique Razzetti, *por E. M. y M.*—Redescal Uzcátegui, *rasgos biográficos por R.*—Veneno

social, *poesía por D. Jugo Ramirez*.—Besos, *poesía por Julio Calcaño*.—Semblanzas de Próceres civiles, *por el Dr. E. A. Yanes*.—Desencanto, *poesía por J. J. Breca*.—Conchita Micolao del Río, *por S.*—A las puertas, *poesía por S. Diaz Mirón*.—NUESTROS GRABADOS.—REVISTA DE LA QUINCENA.—Necrologia.—Su cara mitad.

GRABADOS.—D. Vicente Coronado, *dibujo á la pluma por A. Herrera Toro*.—Venus acariciando al Amor, *cuadro por Pom-*

peyo Balloni.—Caracas: Compañía del Gas, oficina de elaboración.—Compañía del Gas: Holder ó sea depósito, talleres y carboneras.—Compañía del Gas: Nueva oficina de retortas y Holder ó sea depósito Nº 2, *de fotografías de F. Lessmann*.—Conchita Micolao del Río, *de fotografía*.—Henrique Razzetti *de fotografía*.—Estatua de Bolívar en la quinta de San Pedro Alejandrino, *de fotografía*.—Quinta de San Pedro Alejandrino, *de fotografía*.—Música: A mi madre, *por Redescal Uzcátegui*.—Recitación al piano, *por Salvador N. Llamozas*.



DON VICENTE CORONADO

DON VICENTE CORONADO

El señor Coronado es descendiente de una honorable familia cumanesa.

Desde el año de 1858 empezó á adquirir nombre como escritor y poeta y ha alcanzado un puesto distinguido en la República de las letras, lo cual nos releva de hacer su elogio, dándole con esto el mayor gusto, pues conocemos á fondo la poca ó ninguna vanidad de su carácter.

Coronado en sus tareas literarias es un verdadero artista, y sin duda por eso no prodiga sus producciones; pero en las que da á la estampa se halla el *útil dulce* que recomienda Horacio á los escritores.

Con dos de sus composiciones engalanamos hoy nuestras columnas, á saber: su oda *A Bolívar* y un artículo en prosa titulado *Alejandro de Humboldt*, como muestras del estilo y las aptitudes de este escritor.

Literatos notables como Rivodó, Tejera y otros han hecho de las producciones de Coronado juicios críticos que mucho le honran y enaltecen.

¿Qué pudiéramos nosotros añadir á esto?

Coronado ha sido redactor de varios periódicos políticos y literarios; recopiló diez años de nuestra legislación, ó sea desde el tomo 79 hasta el 11 que fueron publicados bajo su inmediata corrección; y es individuo correspondiente de la Real Academia Española, miembro de la Venezolana y de la nacional de la Historia.

Apesar de lo dicho, no es *ni General ni Doctor*, según lo hizo saber por la prensa y con estas mismas palabras cuando en años atrás, quisieron algunas personas residentes fuera de esta capital favorecerle con esos títulos.

La tipografía de *El Cojo* edita actualmente un volumen de composiciones escogidas del señor Coronado, en verso y en prosa, volumen de que hemos tomado con permiso del autor, las dos que publicamos hoy.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

Hoy que la gran nación alemana y sus hijos diseminados por la vasta superficie del globo celebran con orgullo el centenario de este ingenio esclarecido, también nosotros nos atrevemos á unir un aplauso á ese concierto de alabanzas universales que suena dulcemente y repiten todos los ecos en loor del sabio de Berlín, pues la patria de los grandes hombres está donde quiera que se tributa homenaje á sus virtudes, donde quiera que se erige altares á la inteligencia. Ellos no pertenecen á determinada familia del género humano: el mundo entero les llama suyos; la tierra les colma de bendiciones; los bienes que derraman en su camino son riquezas naturales como el aire, el agua, la luz del sol, de que se aprovechan indistintamente hombres, pueblos y generaciones.

Pocos, muy pocos ejemplos pueden presentarse de una vida tan noblemente empleada como la de Humboldt en servicio de sus semejantes: sin duda por eso la guardó el cielo tanto y no permitió que se eclipsara este hermoso astro de la inteligencia sino después de haber permanecido años y años sobre el horizonte del mundo científico esparciendo sus inmensas claridades.

El no se encerró como Kant en la estrechez de un gabinete para profundizar los misterios de la naturaleza, ó abismarse en el estudio del alma y de lo infinito: muy otra era su índole, y sintiéndose con alas para volar, las desplegó al espacio desde su juventud y fué ansioso por donde quiera en busca de las manifestaciones del Poder Divino y de las leyes que rigen el cielo, la tierra, la vida orgánica, los seres todos.

Para un espíritu sediento de luz, como éste, era necesario un mundo nuevo, y América le atrajo á sus vírgenes y dilatadas regiones.

Cumaná fué la primera que tuvo la gloria de recibir bajo su cielo estrellado al ilustre viajero. El Orinoco reflejó con orgullo la sombra del sabio cuando estudiaba sus vueltas caprichosas y el caudal magnífico de sus aguas, en débil canoa. Las costas de Paria y las Misiones indias cautivaron su atención con los grandiosos cuadros de

una naturaleza primitiva. Sobre la cumbre del Avila dilató su mente ambiciosa en la contemplación de las ricas plantas que la visten. En los valles de Aragua, que hacen recordar los hermosos paisajes de la ponderada Bética, refrescó sus sienes el filósofo peregrino. En todo ese inmenso territorio que comprende el lago de Valencia, los llanos de Calabozo y el río Apure, están impresas todavía las huellas de sus pasos. Toda la ruta que siguió en Venezuela la dejó marcada con un reguero de luz. ¡Cuántos títulos para que el nombre de Humboldt suene siempre con profundo respeto en nuestros labios! Aquí empezaron los trabajos inmortales de este Hércules de la ciencia; aquí recibió las primeras impresiones de la colosal y virgen naturaleza que se dilata desde las selvas del Orinoco hasta el cabo de Hornos; aquí fué donde escribió las primeras páginas sobre la revelación científica de este continente.

Para seguirle en su largo y fecundo viaje por casi toda la América, se necesitan fuerzas sobrehumanas. No es el águila que emprende rápido vuelo y se posa de montaña en montaña, recibiendo impresiones fugaces, sino un rey que inspecciona sus vastos dominios. Por eso toda la naturaleza se apresura á ostentar sus galas y preciosidades para recibirle: las flores abren su seno delicado y despiden puros aromas y lucen los matices más bellos; las altísimas cascadas, heridas por los rayos del sol, le saludan con el estruendo de sus corrientes despeñadas: las selvas olorosas intentan cautivarle con la riqueza de sus plantas; las cordilleras le piden el secreto de su formación: los volcanes, cual monstruos fascinados, dejan que el naturalista se acerque á sus bocas humeantes y las estudie con la calma de un cirujano: las momias de los indígenas, las rocas monumentales, el pórvido y el basalto, los metales preciosos, el carácter geológico de las capas que los ocultan de la codicia humana, el curso del soberbio Amazonas, la majestad de los Andes, todo esto reclama la mirada inteligente del filósofo y la revelación de su destino y el secreto de su existencia. Y todo lo abarca este ingenio universal, todo lo explica, todo lo esclarece con los resplandores de su ciencia.

¿Quién puede seguirle en tan diversos ramos del saber humano sin caer jadeante y abrumado por la multiplicidad de un talento que nunca se agota, y la insaciable ambición de indagaciones científicas que sin cesar le aguija y le devora?

Tan pronto le véis trazar el cuadro físico y moral de los indígenas y describir con rasgos indelebiles al condor devorando su presa, y al torpedó, habitador de nuestros ríos, cuando hace su descarga eléctrica, como analizar la quina del Perú y medir geométricamente los volcanes de Méjico; ya observa los satélites de Júpiter ó el paso de Mercurio por el disco del Sol; ya traza la geografía de las plantas ó se entrega á indagaciones profundas acerca de la respiración de los peces. Aquí le halláis inclinado al borde vertiginoso de los volcanes, allí rectificando la teoría sobre la situación del ecuador magnético. La misma radiante inteligencia que fija en un mapa el majestuoso curso del Orinoco, es la que va á interrogar á la naturaleza en las pasmosas eminencias del Chimborazo, y la que enriquece el herbario del mundo con millares de plantas nuevas, y la que ahonda en el estudio de la especie humana para proclamar la identidad de todas las familias que la componen, y borrar del catálogo de las preocupaciones el nombre de razas con que se han bautizado sus diferencias.

Nunca ha tenido la naturaleza tan grande y perspicaz intérprete; nunca la ciencia más decidido apóstol.

Este fué el amigo de Bonpland, de Gay Lussac, de Biot, de Cuvier, de Arago, de todos los sabios. Perteneció á casi todas las Academias de Europa. El sol de su gloria ilumina los dos hemisferios.

No conocemos sino tres grandes hombres que han impulsado la civilización del Nuevo Mundo: Cristóbal Colón, Alejandro Humboldt y Simón Bolívar. El primero lo descubre, el segundo lo estudia y lo revela, el último lo liberta. Estas tres nobles figuras se dan la mano al través del tiempo y de la tumba.

Colón es el Moisés de la Europa moderna. Bolívar, el incomparable Redentor de la América latina.

Y Humboldt, el sabio que más se ha acercado á la Divinidad por el poder, el carácter y la extensión de su inteligencia.

1869.

VICENTE CORONADO.

A BOLIVAR

Allí está! Véis la frente
Encendida en los rayos de la idea;
Véis el brazo potente,
Do el arma centellea,
Que rompe cetos y naciones crea.

Lucha, vence, destrona....
Ciñe del triunfo la guirnalda bella:
Regio manto y corona
Rotos, altivo huella:
El mar del tiempo ante su pie se estrella.

Aun su acento se escucha
De patria y libertad; arde la tierra
En formidable lucha,
Y cuanto vida encierra
Un arma forja y apellida ¡guerra!

¿Oís? De trecho en trecho
Su hogar el pueblo de tiranos libra,
Doquier que late un pecho
De americana fibra,
El bronce truena y el acero vibra.

¿Qué águila, qué mente
A Bolívar seguir podrá en su vuelo,
Si tardo es el torrente
Junto á su vivo anhelo
De patria libre, como libre cielo?

Del ya vencido Atlante
Al mar del Sur, á el árido Atacama,
Su acero deslumbrante
Donde el peligro llama
Va fulminando con victoria y fama.

El miedo, la ignorancia,
La reinante opinión de estirpe y cuna,
Los horrores de Francia....
Todo, todo se aduna
A combatir su gloria y su fortuna.

Allí la cruda guerra
Moradores y campos extermina:
Aquí treme la tierra
Con furia repentina
Y esperanza y valor sepulta en ruina.

El solo, fuerte y grande
Al infortunio que la patria llora,
Y mira desde el Ande
La idea redentora
Sufrir la noche para ser aurora.

En balde, noble España,
En combatir al íncito guerrero
Tus legiones y saña
Y tu heroísmo fiero:
De Orinoco á Junín brilla su acero.

¿Dónde el arte sublime
Aprendió de vencer en la batalla?
¿Y dónde, Musa, dime,
Ésa fe que avasalla
Espacio y tiempo, donde todo encalla?

Como el rayo estridente
Al combate voló de clima en clima;
De la Esparta de Oriente
A la soberbia Lima,
Del ígneo llano á la nevada cima

El no cede al Destino:
Luchar y redimir, su noble enseña:
Como el condor andino
Cuando en tribuir se empeña,
Triunfos y triunfos insaciable sueña.

Y lleva al Chimborazo
Envuelto en el pendón de la victoria,
De independencia lazo,
De orgullo y prez memoria,
El nombre de la patria con su gloria.

Y abate el trono fuerte
Que elevaran los Cides y Pelayos,
Y en héroes mil convierte
A ilotas y vasallos,
La infamia en iras, la cadena en rayos.

¡Oh inmortales llanuras
De Carabobo y de Junín! oh hazañas
Contra olvido seguras!
A naciones extrañas
Osario del poder de las Españas!

Allí al bronce tonante
Y entre el humo y furor de la pelea,
Siempre altivo, adelante,
Símbolo de la idea,
El pabellón de libertad flamea.

Cayó el ibero: humilla
Rota la espada al Vencedor bizarro,
Y el cetro de Castilla
Y el pendón de Pizarro
Lleva en su pompa el victorioso carro.

Acabó la violencia
Que en tres centurias consagró la historia,
Y gloria, independencia!
Es la voz de victoria,
Y el eco vuelve: independencia y gloria!

VICENTE CORONADO.



VENUS ACARICIANDO AL AMOR. — CUADRO POR POMPEYO BATONI

LAS DOS RUINAS

El sol en occidente
Pálido, enfermo y triste agonizaba;
Y yo en medio á mis hijos contemplaba,
Fantástico y doliente,
El mudo torreón de alto castillo,
Que al moribundo brillo
De la postrera luz, su frente alzaba,
Y por las anchas grietas derramaba
Torrentes de graciosa enredadera
Llena de flores de oro,
Que el empolvado muro ennegrecido
Con plácidas sonrisas esmaltaba
De verdura y abrazos.
El pajarillo agreste despedía,
Con repicar sonoro
Al vacilante Dios que ya moría;
Y nota á nota y frase á frase en tanto,
Mientras hila dulcisono gorjeo,
Salta y borda la tela de su canto.
Y el coro de mis hijos aplaudía
Trémulos de alegría
Al delicioso volador cantante,
Que altivo y resonante
Por la enramada oscura
Su amor celebra ufano y su ventura,
Y así cantando su pasión divierte.
¡Hora crepuscular de encantos llena!
¡Semblanza de la muerte!
¡Dolorosa vejez que oprime al día!
Yo en tanto, silencioso, la serena
Lumbre viendo oscilar en el paisaje,
Y la ruina enmarañada, oculta
Bajo las ramases del follaje,
Dí un suspiro, pensando tristemente
Con aire melancólico y perplejo,
En aquel torreón los ojos fijos:
"¡Tú eres la imagen mía, oh muro viejo,
Y esas doradas flores son mis hijos,
Y del ave los dulces regocijos
Son de sus nuevas almas fiel reflejo!"

E. Rivodó.

OBSERVACIONES SOBRE LA HISTORIA
DEL BANANO EN AMERICA (I)

POR A. ERNST

I

Nadie ha contestado hasta ahora de un modo enteramente satisfactorio á la pregunta de cómo ha llegado á las regiones tropicales de América el cultivo del banano de frutos grandes (*Musa paradisiaca* L.), que desde mucho tiempo es para ellas uno de los vegetales más comunes y más útiles. La mayor parte de los autores que se han ocupado de esta cuestión, suponen una introducción del Antiguo Mundo, cosa que muy seguramente ha sucedido con el banano de frutos menores (*Musa sapientum* L.). En cuanto á este último tenemos el testimonio del cronista Oviedo, quien refiere que el Padre Tomás de Berlanga trajo en 1516 los primeros ejemplares desde la Gran Canaria á la isla de Santo Domingo, y los nombres *guineo* y *banana* de S. Thomé, que tiene una de las variedades más estimadas, confirman el origen africano.

Pero imposible es que el banano de frutos mayores, que llamamos *plátano*, haya venido de las Islas Canarias, puesto que esta especie no crece en dicho archipiélago, por razones del clima. Al contrario abunda mucho, como planta cultivada, en la Guinea y en toda la costa tropical del Occidente de África; y por eso pudo ser trasportada fácilmente á la América por alguno de los muchos buques portugueses que después del descubrimiento de la tierra del Brasil traficaban entre ambos continentes.

A. de Humboldt, sin embargo, sostuvo que la *Musa paradisiaca* existiese ya en la América precolombiana, apoyándose sobre todo en dos observaciones del Padre José Acosta y de Garcilaso de la Vega. Alph. Decandolle ha dado un resumen muy detallado del estado de la discusión acerca de este punto (*Geogr. botan.* págs. 921 á 926; *Origine des plantes cultivées*,

p. 242 á 248); y aunque declara que de las palabras de Acosta se deduce más bien una opinión contraria á la que defiende Humboldt, permanece por lo menos indeciso en cuanto á Garcilaso de la Vega, cuyas observaciones son el único testimonio histórico de algún peso que se ha aducido en favor de la existencia del plátano en la América antes de su descubrimiento por los europeos.

No será por eso superfluo indagar si estas observaciones tienen en realidad la importancia que se les ha atribuido tocante á la cuestión que nos ocupa.

Garcilaso termina el sexto capítulo del libro VIII de sus *Comentarios reales* con estas palabras: "Y porque andamos ya cerca de los tiempos, en que los españoles fueron á ganar aquel imperio, será bien decir en el capítulo siguiente las cosas que había en aquella tierra para el sustento humano: y adelante, después de la vida y hechos del Gran Huayna Capac, diremos las cosas que no había, que después acá han llevado los españoles, para que no se confundan las unas con las otras."

Dedica en efecto los siete capítulos siguientes á varios vegetales peruanos: maíz, quinoa, habas, papas, oca, batatas, calabazas, maní, guayabas, pacay (especie de *guamo*), aguacates, Lucuma, Schinus molle, Capsicum, Agave, ananas, coca y tabaco, mencionando sus antiguos nombres en la lengua de los Incas, y describiendo los varios usos que de ellos hacían los indios. El capítulo 14 trata del *plátano*, y he aquí lo que dice:

"El primer lugar se debe dar al árbol, y á su fruto, que los Españoles llaman Plátano: seméjase á la palma en el tallo, y en tener las hojas en lo alto, las cuales son muy anchas y muy verdes; estos árboles se crían de suyo, quieren tierra muy llovisosa, como son los Antis, dan su fruto en racimos tan grandes, que ha habido algunos (como dice el P. Acosta, lib. 4, cap. 21) que le han contado trescientos plátanos. Críase dentro de una cáscara, que ni es hollejo, ni corteza, fácil de quitar, son de una cuarta, poco más ó menos, en largo, y como tres dedos en grueso.

"El P. Blas Valera, que también escribía dellos, dice, que les cortan los racimos cuando empiezan á madurar, porque con el peso no derriban el árbol, que es fofo y tierno, inútil para madera, y aún para el fuego. Maduran los racimos en tinajas, cubrenlos con cierta yerba que les ayuda á madurar. La médula es tierna, suave y dulce, pasada al sol parece conserva, cómenla cruda y asada, cocida y guisada en potages, y de todas maneras sabe bien. Con poca miel y azucar (que ha menester poca) hacen del plátano diversas conservas: los racimos que maduran en el árbol, son más dulces y más sabrosos: los árboles son de dos varas de alto, unos más, y otros menos. Hay otros plátanos menores que á diferencia de los mayores les llaman Dominicos; porque aquella cáscara cuando nace el racimo está blanca, y cuando la fruta está sazónada participa de blanco y negro á remiendos, son la mitad menores que los otros, y en todo le hacen mucha ventaja, y por ende no hay cantidad de estos, como de aquellos." (*Comentarios reales*, ed. de 1723, p. 282.)

Nótese que Garcilaso no da los nombres en quechua de las dos especies mencionadas, y que en general habla de ellas más bien por lo que había leído en los autores citados, que por propia experiencia. (1) Obsérvese además que usa siempre el tiempo presente, y jamás el pasado; y por todas estas razones su relato no me parece tener la fuerza de un argumento irrefutable. Es cierto que dice: "estos árboles se crían de suyo"; no creo sin embargo que esta expresión quiera decir que crecen espontáneamente, sino que se refiere más bien á la gran facilidad que tiene la planta de reproducirse por *hijos*, sin la intervención del hombre.

Me parece pues que Garcilaso ha caído en un error al enumerar el plátano entre los vege-

tales cultivados en el Perú antes de la llegada de los españoles, error debido acaso en gran parte al aspecto esencialmente tropical de esta planta sobre todo al compararla con los demás vegetales introducidos por los conquistadores.

Es un hecho que ya antes del año de 1550 hubo en el Perú grandes plataneros en las haciendas de los españoles, según refiere Pedro Cieza de León en varios lugares de su *Crónica del Perú* (capítulos 27, 46, 80, 95). En el segundo capítulo, al describir los alrededores de Panamá, dice por cierto: "Hay otras frutas de la tierra, que son piñas olorosas y plátanos, muchos y buenos guayabos, caimitos, aguacates, y otras frutas de las que suele haber de la misma tierra." (Ed. de Rivadaneira, Madrid 1853, pág. 355). La circunstancia de aparecer el nombre del plátano entre los de otras plantas indígenas del suelo americano, es en mi concepto de poca importancia para la cuestión que nos ocupa. Cieza de León no tenía sino 13 años cuando en 1531 llegó á América, y permaneció 17 años en el Nuevo Mundo. Era un hombre sencillo y sin mayor instrucción, que describió llanamente cuanto había visto. Por eso no es extraño que tomase por *frutas de la tierra* todos aquellos productos vegetales que le eran desconocidos. Además bien podía haber entonces ya plataneros en los alrededores de Panamá; pues siendo el istmo el único camino por donde pasaba toda aquella corriente de aventureros que en la conquista del Perú buscaba glorias y riquezas, Panamá pronto llegó á ser una ciudad floreciente, en la que tenían que abastecerse de víveres todas las expediciones destinadas al Sur; y se comprende que desde muy temprano había de extenderse mucho el cultivo de un vegetal que se multiplica con extraordinaria facilidad, y que en corto tiempo da cosechas muy abundantes.

Se ha citado el nombre *banana da terra* que tiene en el Brasil la *Musa paradisiaca*, como prueba de ser esta planta indígena en dicho país. Pero nombres vulgares de este género son á menudo enteramente falsos, como v. g. los que siguen: trigo de Turquía, bálsamo del Perú, rosa de Jericó, jazmín del Cabo, etc.

Refieren algunos escritores el haberse encontrado hojas y frutos secos de plátano en ciertos sepulcros antiguos del Perú. Prescott habla de una hoja, sin mencionar los pormenores del caso; Rochebrune quiere haber reconocido un fruto en la colección de Cessac y Savatier; pero Wittmaack no habla de nada semejante entre el gran número de objetos recogidos por Reiss y Stübel en los sepulcros de la necrópolis de Ancón. Aquellos hallazgos bien pueden ser auténticos y correctamente interpretados; pero ¿á caso se tiene la seguridad de que los sepulcros eran de la época precolombiana, y no sería posible que los indios, aún en el tiempo de la dominación española, practicasen á veces su antigua costumbre de añadir á los cadáveres algunos objetos relacionados con el estado ó la ocupación de los difuntos? En todo caso hay lugar de duda hasta nuevo orden.

Debe citarse aquí el ensayo que hizo últimamente el señor Lázaro en una de las sesiones de la Sociedad española de Historia Natural de Madrid, de comprobar el indigenato americano del plátano con el hallazgo de ciertos envases de barro entre las antigüedades peruanas, los cuales, según él, representarían lo que llamamos vulgarmente una *mano* de plátanos. La figura publicada presenta sin duda alguna semejanza, pero hay discrepancias muy notables, como la existencia de un pedúnculo y la indicación muy distinta de un cáliz debajo del fruto: por lo cual opina muy bien el señor M. Jiménez de la Espada que los dichos envases son imitaciones del fruto de una solanácea, y probablemente del *Solanum muricatum*.

Resulta, en resumen, ser insuficiente aún cuanto se ha dicho en favor del cultivo del plátano en la América precolombiana. No tengo dudas de que la planta ha venido directamente de las costas occidentales de África, y creo que en los antiguos jornales de navios que yacen aun en el polvo de los archivos del Portugal, ha de encontrarse un día la verdadera historia de su introducción á nuestro continente.

(1) Trad., con algunas adiciones, del 'Compte-Rendu de la 5^{ta} sesión du Congrès international des Americanistes, tenue à Paris en 1890.' (Paris 1892, págs. 246 á 253.)

(2) El P. Blas Valera dejó un tratado "De los indios del Perú, sus costumbres y su pacificación." Lo cita Antonio en su *Rib. hisp. nova* (Madrid 1783; I, 230), pero nunca se imprimió.



CARACAS 1888. — COMPAÑIA DEL GAS. — OFICINAS DE ELABORACION

ALMAS INQUIETAS

I

..... Muy jóvenes, muy amigos, unidos por la recíproca atracción de sus inteligencias, por más que se dedicasen a carreras y ocupaciones diversas; los unos, curantes de derecho ó medicina en la Universidad Central, los otros, empleados de comercio,—habían establecido una especie de círculo nocturno en la Plaza Bolívar, donde comentaban los sucesos del día, formaban proyectos literarios, hablaban del gobierno y discutían los problemas políticos de actualidad, antes de marcharse cada cual al teatro, al Club del Avila, á la sociedad de "Amigos de la ciencia," á un baile, á hacer visitas ó á dormir. Casi todas las noches, al dar las ocho el reloj de Catedral, uno de ellos se sentaba en el sitio de costumbre—la avenida occidental de la Plaza—á esperar á los otros habituados. Estos acudían en número notable las noches del domingo y el jueves, noches en que la Plaza estaba animadísima con motivo de la *retreta*.

Allí nacían las revistas de reacción literaria y los diarios de oposición política que habitualmente no duraban más de uno ó dos meses, por falta de lectores las primeras ó voluntad de la policía los segundos; lo mismo que las sociedades científicas, que morían con igual rapidez porque sus miembros no pagaban las cuotas mensuales ó porque cambiaban muy á menudo de propósitos. Pero si los periódicos y sociedades tenían vida efímera, el círculo de la Plaza Bolívar duraba siempre, como que bastaban dos concurrentes para entablar una discusión y pasar el tiempo.

El jueves 24 de febrero de 18.... habían comido juntos tres de los más asiduos; y al salir del restaurant de París se encaminaron instintivamente á la Plaza, pidieron tres sillas á uno de los chiquillos encargados de alquilarlas y se sentaron á oír la *retreta* y á hablar de literatura.

Enrique Aracil, Ernesto Arnould y Guillermo Lodi eran amigos íntimos, no obstante la diversidad de sus temperamentos y la divergencia, que llegaba á veces hasta la oposición, de la filosofía práctica con que cada cual consideraba la vida y se juzgaba á sí propio. Quizá la circunstancia misma de estar el ideal del uno muy lejos de los ideales de los otros dos, contribuía á acercarlos y á mantener entre ellos un cariño fraternal. Sus discusiones no llegaban nunca al apasionamiento, sino que se circunscribían al tiroteo cortés y espiritual de las conversaciones de salón. No pudiendo ser rivales, no aspirando al mismo fin por los mismos medios, sus vidas seguían líneas paralelas, y con el tiempo sus relaciones se hacían cada vez más cordiales.

Aracil (á quien quizá conocen ya los lectores de este periódico y sobre cuyo temperamento moral no es preciso insistir ahora) era en aquella época estudiante de derecho y de medicina, circunstancia que le valía á menudo bromas pesadas de parte de algunos condiscípulos; pero él explicaba sus dobles tareas diciendo que su propósito no era dedicarse preferentemente á ninguna especialidad científica, sino adquirir la mayor suma posible de conocimientos para que sirviesen de base filosófica á sus producciones literarias. En sus estudios procuraba emplear siempre el método cartesiano, sin respetar ningún postulado ni enrolarse en ninguna escuela, y en sus escritos revelaba una forma de ingenio singularmente compleja en que se combinaban por partes desiguales el diletantismo sensacional de Stendhal y el panteísmo lírico de Goethe, la nerviosidad enfermiza de los Goncourt y la desolada tristeza de Huysmans, con la preocupación, mal disimulada á veces, de expresar pensamientos sarcásticos ó crueles en un lenguaje complicadamente artístico. En poco tiempo, sus ensayos, publicados al principio por los efímeros semanarios de estudiantes y después por un gran diario complaciente, le habían dado autoridad y renombre. Los jóvenes empezaban á aplaudirle y los escritores de fama empezaban á protestar; pero los aplausos de los primeros no eran todavía unánimes, porque muchos no encontraban sus escritos suficientemente agresivos, y sobre todo creían que el autor temía ó desdeshaba las cuestiones de actualidad política; y las protestas de los escritores de fama no llegaban hasta el ataque directo, con la esperanza quizá de atraer á sus escuelas al joven pensador. Cosa extraña: donde la reputación de Aracil se había hecho más extensa era entre las lectoras, cuyo número aumentaba cada día, aunque la generalidad fingiese en público no conocer los atrevimientos de lenguaje ni las teorías inmorales con que, al decir de algunos papás y maridos viejos, aquel procuraba llamar la atención; y aunque, en realidad, fuesen muy pocas las que comprendían y

apreciaban los propósitos del pensador y los refinamientos del artista. Su popularidad entre las mujeres venía probablemente de que él no se parecía á ninguno de los escritores en boga, y esto despertaba la curiosidad de las almas inquietas ó volubles. Aracil creía más bien que sus producciones, especialmente sus poesías, eran del todo antipáticas al mundo femenino, porque rarísima vez las aplaudían con entusiasmo cuando, obedeciendo á la inveterada costumbre ca-raqueña, se veía obligado á hablar ó declamar á los postres de una comida. Los otros poetas obtenían siempre triunfos más ruidosos....

Arnould era un clubman á la inglesa, con ribetes de hombre de mundo parisiense. Hijo de un banquero muy rico, había viajado mucho por Inglaterra y Francia, y se dejaba dominar con frecuencia por la manía de no hablar más que de turf, five ó clocks de grandes mundanas, intrigas de teatro y aventuras de hoteles dudosos,—por más que tales cosas fuesen entonces casi desconocidas en Caracas. Muy inteligente, sin embargo, á pesar de su manía, y perfecto caballero así en el hablar como en el vestir, Arnould triunfaba en los salones.

Lodi, estudiante de medicina, era un corazón tranquilo y un espíritu sereno, ávido de sensaciones voluptuosas pero experto en paralizarlas ó renovarlas en el instante mismo en que empezaban á adquirir violencias pasionales. Creía sinceramente que vivir es cosa muy dulce cuando se es joven, rico é ilustrado, y practicaba su sensualismo amable recitando á diario los versos de Lucrecio:

Suave, mari magno turbantibus æquora ventis,
E terra magnum alterius spectare laborem....

Con motivo de un artículo publicado la noche anterior, en el cual se hablaba con elogios de Aracil, sus amigos le preguntaron cuando aparecía su nuevo libro.

—Tengo seis meses para pensarlo y escribirlo—contestó Aracil—Quizá una novela cuya acción se desarrolle durante la guerra federal; ó bien una crítica sobre la novela rusa, que tanta boga empieza á adquirir en Francia.

—Diablo!—exclamó Arnould—¿Qué relación encuentras tú entre dos asuntos tan lejanos el uno del otro? Pensar al mismo tiempo en el general Falcón y en el conde Tolstói es más original que pensar, como Renán, en los profetas de Israel y en los socialistas europeos, en la misma página.

—Eh, querido!—replicó sonriendo Aracil—Tú abusas de la crítica. Ciertamente que yo no encuentro relación alguna entre nuestros campesinos y los rusos; pero he podido pensar á un tiempo en dos proyectos distintos, en dos proyectos más apartados el uno del otro que lo están Venezuela y Rusia. No estoy satisfecho de mi primer librito, y busco otro rumbo. Cuál? No lo sé todavía; y por eso busco. Lo original es que el editor, el buen viejo Serrano, si está contento. Ha vendido quinientos ejemplares en poco más de seis meses. Eso constituye aquí un éxito.... Pero el triunfo del editor no es siempre un triunfo para el autor. A menudo un libro insignificante apasiona al público, y el libro donde palpita y vive un alma pasa desapercibido.

—Eso viene—observó Lodi—de que lo mejor de nuestra alma es rara vez comprendido por la muchedumbre anónima. El arte no es democrático.

—Certo, quizá—continuó Aracil—y ello constituiría un tormento insostenible si la vida literaria no tuviese paréntesis deliciosos: los períodos de la gestación, el tiempo que se vive acariciando la concepción, fijándola en el papel bajo formas artísticas. Antes y después de la fiebre creadora, el artista vive en períodos anormales, en estados casi patológicos. Su estado normal es una especie de sonambulismo. Hay días en que el cerebro está vacío, los nervios tranquilos, el alma indiferente; y de pronto, el hecho más insignificante, la circunstancia más imprevista, rompe aquel instable equilibrio y nos arroja en el mundo de los sueños, de las ideas, de los proyectos confusos. Cierta perfil de mujer contemplada un sólo instante en un salón, en la calle, en un paseo; cierta inflexión de voz en la conversación con un amigo; la anécdota insulsa leída en un diario,.... todo lo que produce en el espíritu una vibración cualquiera, puede determinar el sonambulismo y la concepción de una obra; y desde este instante no se vive como los demás hombres: otro mundo se abre ante los ojos, el mundo en que se mueven los personajes, se desarrollan los sentimientos, se chocan las pasiones que descamos analizar; y para la inteligencia empieza la lucha, paciente unas veces, colérica otras, con las dificultades de la forma. El paréntesis dura hasta el momento en que se entrega al editor la virginidad de la obra, para que el público, la multitud inconsciente, la

viole con sus críticas, la hiele con su indiferencia ó la deforme con su entusiasmo.....

Aracil tiró, con un movimiento brusco, la colilla del cigarrillo.

—Los hombres de letras—observó Arnould—y en general los artistas, se creen organismos á parte, sometidos á leyes especiales, porque viven acariciando efímeros ensueños. Pero, querido, á todo el mundo le sucede lo mismo. Qué es la vida? El viaje en busca de un placer desconocido, de un bienestar que no se tiene, de un ideal. Los hombres de letras ven el ideal en el triunfo de sus pensamientos ó en el éxito de sus libros: el obrero lo ve en el aumento de su salario; el labrador, en la abundancia de su cosecha; el hombre político, en la imposición de sus sistemas; el hombre de mundo, en la satisfacción de su vanidad. La distinción entre estados normales y estados anormales es absurda. Para el artista, el estado normal es aquel en que la fiebre creadora consume su organismo; y sin embargo, los médicos le demostrarán que invierte los términos, *mens sana*, etc. Si yo fuese filósofo, procuraría probar que todos los estados son normales, puesto que todos son consecuencias inevitables de las condiciones de nuestra vida..... En todo caso, para mí personalmente, el estado anormal sería aquel en que no me divierto ó no sufro.

—Como!—le dijo Lodi—¿Vas á confundir ahora lo blanco con lo negro? Cuando uno se divierte no sufre; cuando uno sufre, el alma está enferma. No es preciso ser filósofo para comprobarlo. Un argumento *ad hominem*: ¿tu amor por la bailarina de célebre memoria era un estado normal?

—Claro!—contestó Arnould—mientras me hizo sufrir atrocemente con su desprecio, con su frialdad. Yo corría entonces á todo escape en pos de un ideal..... no lo extrañes: hay ideales altos é ideales bajos..... Mi sufrimiento llegaba ya al límite de tensión cuando empecé á fastidiarme, á sentirme enfermo,.... porque la ilusión se había desvanecido en la realidad, el ideal había perdido su prestigio de cosa lejana y rara. En amor, el sufrimiento es también una voluptuosidad; y cuando esta se agota ó transforma, empieza un paréntesis, como dice Enrique, de disgusto y nostalgia. Para ser feliz, relativamente, es preciso buscar en seguida otra fiebre. De modo que, cuando se trata de sentimientos, el estado normal es el estado enfermo, puesto que únicamente en él es que se goza.

—Eso será verdad para los desequilibrados—replicó Lodi—Tú, hombre de mundo, y Aracil, hombre de letras, pertenecéis á la misma categoría de neuróticas ó degenerados..... El calificativo no tiene nada de hiriente..... Buscáis el equilibrio de la vida donde no puede existir; tú, en el placer desconocido, en los apasionamientos imprevistos; Aracil, en la exaltación violenta de su sensibilidad, en la realización artística de sus concepciones. Ambos os dais demasiada prisa, y el que vive de prisa vive poco.

—Qué importa!—intervino Aracil—Qué importa que la vida no sea larga, si es intensa? Lo importante es sentir, pensar y producir mucho, aunque se vivan pocos años.

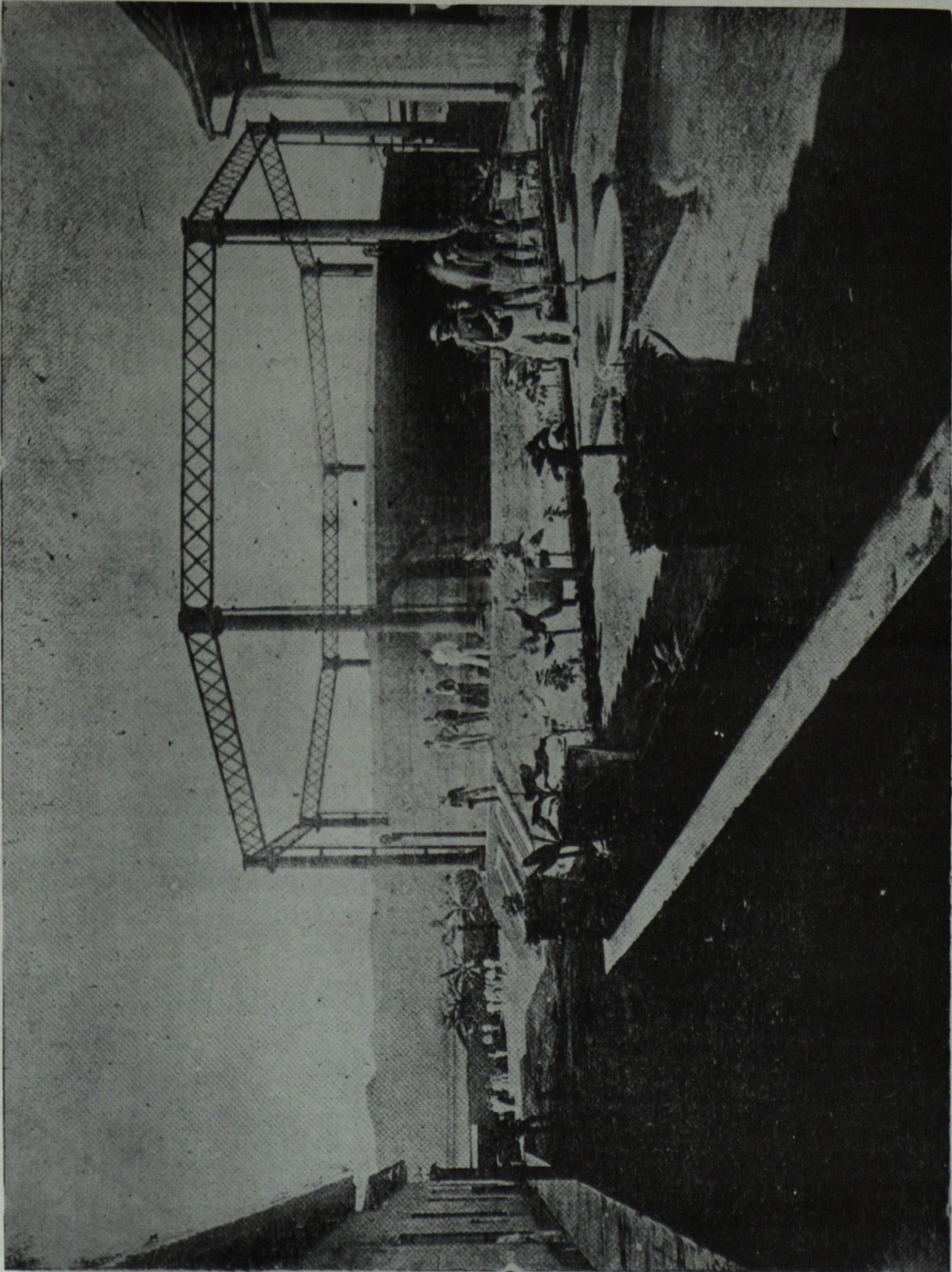
—Lo importante—agregó Arnould—es gozar ó sufrir mucho en poco tiempo.

—Ah!—exclamó Lodi—esa es la teoría, en dos apotegmas, del pobre Julián Mérida! El empezó por pensar y producir mucho, como quiere Enrique, y terminó por gozar..... ó sufrir mucho, como quieres tú. El desenlace no fué nada feliz!

—Precisamente—observó Aracil—por no haber querido, ó podido mantener su actividad en una sola dirección, Mérida perdió el equilibrio y cayó..... sobre los adoquines, rompiéndose el cráneo. El hombre de ideas debe abstraerse en sus pensamientos y gastar todas sus fuerzas en profundizarlos, explicarlos y ordenarlos. La vida real no es más que materia de estudio, fuente de sensaciones, almacén de hechos para la vida del espíritu. Sin duda alguna debe uno apasionarse, amar, odiar, gozar, sufrir; pero sólo hasta un límite más ó menos lejano según las circunstancias, límite fijado por el instante en que la experiencia psicológica es clara y completa. Ir más allá de ese límite es perder el dominio sobre sí propio, cosa esencial para el que quiere elevarse del hecho á la idea, de la sensación al sentimiento, del caso concreto á la ley.

—Pero esa es la misma teoría de Lodi!—interrumpió Arnould.

—No—replicó Lodi—Enrique, como su maestro Stendhal, hace experiencias en sí propio, y esas experiencias están preñadas de peligros mortales. Mi teoría consiste en tomar de la vida lo mejor que ella tiene; en pensar y sentir sin exaltar demasiado el cerebro ni templar como cuerdas de violín los nervios..... para encaminarnos así, lentamente, hacia los *templa serena* del sabio,



CARACAS 1888. — COMPAÑIA DEL GAS — HOLDER Ó SEA DEPÓSITO, TALLERES Y CÁRBONERAS

—¿Por más qué á tales alturas no se llegue nunca?
 —Bah!—continuó Lodi—los hombres nos parecemos todos á un monje que no creyese en la vida futura, y que se sometiese sin embargo á las prácticas más piadosas, no con la esperanza de ser recompensado en el cielo, sino con el propósito de engañarse á sí mismo con una apariencia de beatitud indefinida, con la ilusión de una felicidad serena y tranquila. En los monasterios podría lograrse eso; pero aquí no existen ya, y aunque existiesen, los monasterios no son confortables. Sería preciso un monasterio ad hoc; ó ser bastante rico para repetir la experiencia del Des Esseintes de Huysmans..... Por otra parte, aislarse en medio de la muchedumbre, lo cual constituiría uno de mis ideales, es cosa muy difícil, si no imposible;..... y.....

Raimundo Delsol, otro habitado del círculo de la Plaza Bolívar, interrumpió el coloquio filosófico. Delsol era cursante de derecho, y revolucionario por temperamento, por estudios y por gustos. Diez y ocho años: alto, grueso, tez bronceada, grandes ojos de miradas inquietas y escrutadoras, voz de barítono, andar resuelto. Su aspecto revelaba la fuerza física; su lenguaje, la audacia.

—Y bien—le dijo Aracil, dándole la mano—Qué dices tú ahora? Tus teorías sobre la oposición no dan mejores resultados que las mías. Los redactores de *La Esperanza* están en la cárcel.

—¿Por el artículo de Pérez sobre las brutalidades del Gobernador?—preguntó Arnould.

—¿Por la sátira de Orozco sobre la circular á los Presidentes de los Estados?—preguntó Lodi.

—Por eso... por todo... ó por nada—respondió Delsol, sentándose y oprimiendo nerviosamente con ambas manos su bastón de palo de oro—¿Es preciso acaso un motivo para ir á la cárcel, cuando se escribe con otro objeto que el de quemar incienso á los pies del ídolo, del grande ídolo, del único ídolo? Y lo que da más rabia es ver cómo hay todavía quienes crean que pueda vivirse bajo tal despotismo, bajo un Gobierno que no escucha sino á los que lo alaban, y con un pueblo que no tiene ya calor en la sangre ni electricidad en los nervios. Un cataclismo sería necesario para hacer saltar arriba tanto pillo y aplastar abajo tanta bestia.

—Calma, chico, menos fuego—le dijo Aracil.—Diríase que es la primera vez que nuestro paternal Gobernador envía á la cárcel á un periodista.

—El Gobernador!—continuó Delsol.—Si todo el mundo sabe que no es él; que es un pobre diablo incapaz de hacer nada por su cuenta; que es un instrumento ciego, un perro fiel, el brazo, nada más que el brazo de Estrellas.

—Y tú, cómo es que te has escapado?—le preguntó Lodi.

—Probablemente porque no salió nada mío en el último número. Y no escribí porque estaba enfermo. Pero otro periódico sucederá á *La Esperanza*. Diré cuatro verdades de á puño. Me prenderán; y volveré á empezar cuando me suelten. Si todos pensásemos lo mismo; si todos nos uniésemos, en vez de discutir teorías y defender cada cual la suya, el Gobierno nos respetaría al fin, el pueblo nos oiría, la nación sabría que hay quienes protestan y luchan. Si en los *Amigos de la ciencia* se hablase más de política práctica, en vez de sistemas sobre el origen del mundo!

—Vuelta á tu tema—le replicó Aracil.—¿Crees que en nuestra Sociedad no se habla bastante de política? Lo que eres tú, y Orozco, y García y seis más no hablan de otra cosa.

—Pero la mayoría se opone á los medios violentos. Y no sé qué revolución política ó qué revolución social (porque aquí es preciso una revolución social: el mal está ya en la sangre; el mal es crónico) se realizó nunca sin medios violentos.

—He ahí un tema, querido—dijo Arnould poniéndose de pie—un tema para la sesión de mañana... Lo que soy yo me marchó al club. Hasta mañana, tribuno.

—Yo también me voy—dijo Lodi saludando y alejándose en compañía de Arnould.

—¿Paseamos un poco?—preguntó Delsol á Aracil.

—Como quieras.

Y ambos empezaron á pasearse de un extremo á otro de la plaza, discutiendo acaloradamente sobre la prisión de los redactores de *La Esperanza* y sobre la conducta política que debiera seguir la juventud.

Al cabo de media hora Aracil puso término á la discusión diciendo:

—Hasta mañana. Estoy seguro de que tendremos sesión interesante. Ya discutiremos eso... por la centésima vez....

JOSÉ GIL FORTOUL.

PREOCUPACIONES

Á JOSÉ MARIA MANRIQUE

Sin que me quede nada por dentro, mi querido Pepe, te aseguro que soy hombre lleno de preocupaciones.

Los sábados, que son días de la Virgen, me la paso como en capilla.

A cada momento espero, qué?.....algo!

Si un gallo canta á las seis de la tarde, me estremezco de horror.

Tú me dirás que los gallos cantan de noche y de día, como que están satisfechos de su suerte.

Está bien; mas, tengo mi agüero, que no me permite razonamiento alguno.

El vuelo súbito de una paloma, la inesperada aparición de una mariposa, de esas que llaman cinerarias, el quejido lastimoso, continuo y prolongado de la tigana, quizá hasta el resplandor mismo de la luna, me causan calofríos!.....

Ya me parece oírte decir, que mi condición de soldado, es una antítesis de lo que vengo refiriéndote.

Pero mira, Pepe, así son las cosas.

Si el Libertador no hubiera tenido la preocupación de la Independencia, la patria hoy día no existiría.

Quién habría reintegrado la dignidad nacional?

Hasta en el tiempo, tengo mis horas negras. Cuando suenan las tres, me parece que va á estallar el universo.

Apéname yo mismo, con estas futilidades de mi carácter. Con todo, no puedo remediarlas.

Atribuyo esta circunstancia á que cuando era inocente, me dió de mamar una negra de Curazao.

Mas al punto me contradigo, porque Piar libó también de aquel líquido, y de nada se preocupaba el General, en este picaro mundo.

En fin, sea como fuere, soy preocupado.

Una de mis preocupaciones, la más fuerte, la más terrible, algo así como un martillo que golpeará constantemente en mi cerebro, una especie de frenesí, de asombrosa vehemencia, es la de creer que soy escritor público.

Ignoro si esto también lo debo, á la negra curazoleña.

Pero ello es así.

Por supuesto que he escrito con mi nombre, con seudónimos, con nombres de mujeres, con apellidos ajenos, en español, en francés, en inglés; hasta en el idioma mismo del Lacio; eso sí, con un poquillo de trabajo.

Pero he escrito, porque ese es mi delirio, mi pasión.

En mi casa, puede no haber pan, en muchas ocasiones.

Pero papel, tinta y plumas, imposible!

En este instante echo una ojeada por la mesa en que escribo y noto seis ú ocho artículos por terminar unos, otros medio empezados, algunos no tienen más que la primera línea, como si mis ideas hubieran alzado el vuelo, para no volver más, hacia otro orden de pensamientos.

Soy, pues, gran escritor, sobre todo cuando empuño la pluma, para tratar política, tema socorrido, como sabes, porque cada piropeo es gusto, y cada patriotería un encanto.

Oh! que buera es la política, amigo.

Imagínate, Pepe, cómo me pavonearé de tarde, en la Plaza Bolívar, oyendo á mis amigos, y los que no lo son, que comentan mis artículos!.....

No hay dicha comparable, amigo mío.

Sin embargo, como todas las cosas de la vida, esta preocupación de crearme escritor, me ha costado caro alguna vez; y todos los días amargos, amarguissimos sinsabores y quebrantos.

En la Habana, un mentado Juan Aloy, que redactaba cierto periódico en la calle del Tejadillo, quiso buscarme camorra armada, porque le enderezé un artículo furibundo.

Echate á pensar, el realista cerrado, y yo con la bandera republicana en la mano, si le ganaría el pleito.

Grandes sustos pasé en aquellos días; mas, salí airoso del aprieto, porque me embarqué oculto, para Cayo Hueso.

Y, lo creerás? Al llegar al Cayo, escribí en un periódico que se llamaba *Alabama Sunset*, título raro para un diario. Pero así son los yankees.

Luego has de saber, que mi renombre se ha

extendido, y encuéntrome rodeado de una turba de personas que me asedia, que me aniquila, que me entierra.

Unos me traen artículos para que se los revise; otros me encargan ciertas cartas, los dueños de alguna fiesta desean siempre, que diga algo. Pero lo que es el colmo de la iniquidad, horrible, espantoso como una pesadilla, es que un levita, amigo mío desde el colegio, y cura de almas de cercano pueblo, me ha encargado veinte sermones! para esta cuaresma. Seis para él y catorce para dos de sus colegas.

Qué te parece, Pepe amigo?

Por dicha, como la Biblia es un arsenal donde se encuentran todas las materias, allí me meto y estoy, sabes cómo?, como un patriarca.

Ni más ni menos.

Ya me sé al dedillo á Job, Isaías, Ezequiel y hasta de Salomón, que sabía donde le apretaba la sandalia, algo conozco.

Empero, el levita no me deja vivir. A todas horas me busca, en todas partes me solicita, me escribe tarjetas postales, me espera en la esquina!.....

Y, mira lo que es el corazón humano, Pepe, esa misma circunstancia, halaga mi vanidad.

No juzgo que el levita no tendrá tiempo para componer sus pláticas, ó no podrá, ó no querrá.

Sino que yo valgo mucho, y cuando nos encontramos, me le empino, para que mida mi talla.

Un solo favor me ha procurado la preocupación á que me refiero.

Y es que las mamás me dispensan atenciones, y las muchachas me miran tiernamente, como solicitando con sus ojos tan bellos, que les diga algún piropeo, por la prensa, ó en sus albums, que es cosa peor, y muy para temer.

Siendo, como soy casado, me hago el sueco, sin parar mientes.

Así vivo preocupado, amigo, pero feliz, creyéndome lo que no soy.

Cuántas veces no constituye eso la felicidad? Acuérdome que estando en París, me invitó un paisano á que fuésemos á la Conserjería á oír á Prudhomme.

Aquella tarde el socialista acabó con Dios, con la propiedad, con la familia, en fin.

Su actitud, su gesto, los trasportes de su locución fácil y abundante, probaban la plenitud de su triunfo.

Creía reinar por la doctrina, y presumía de orador, porque cincuenta hombres de blusa, lo aplaudían en el oscuro rincón de una prisión!...

Qué mucho, pues, que yo me crea escritor? El hombre, ese átomo perdido en los espacios infinitos, que ha pesado el sol, que conoce la naturaleza de los infusorios, que mide y acopia la fuerza eléctrica, como si fuese mercancía, que aprisiona el rayo y anula las distancias, no puede vivir sino de ilusiones.

Su vida entera, no es más que una serie de preocupaciones, de deseos, de esperanzas.....

Cuando se apaga la última, duérmese en la tumba, para jamás despertar.

Será la muerte también una preocupación?

Quién sabe, amigo, porque la vida quizá sea la ficción dolorosa de los que alientan.

De todos modos, mi querido Pepe, que vivas largos días y sin preocupaciones.

JUAN S. LARRAZÁBAL.

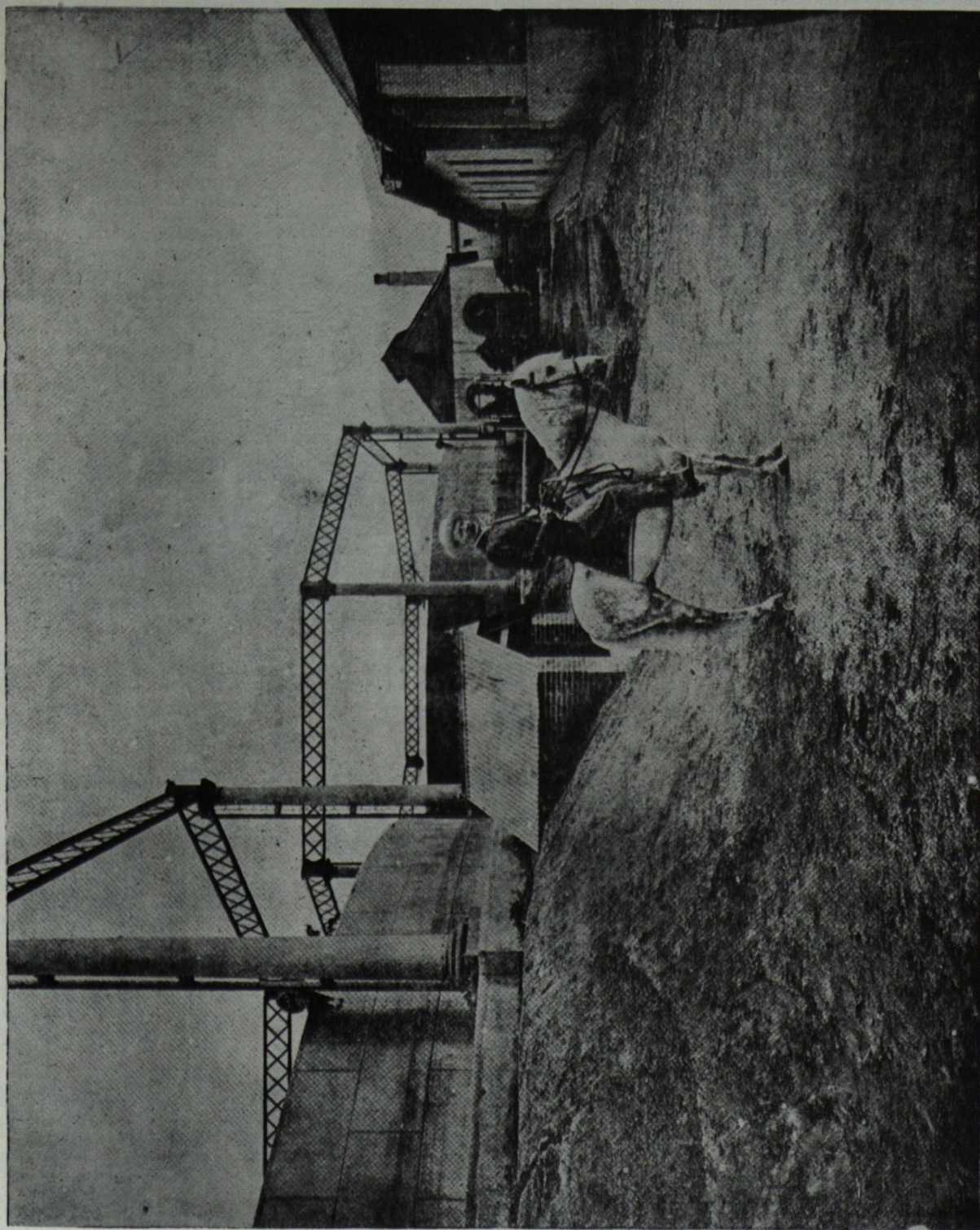
QUÉ ME IMPORTA!

Pobre campo! rayó la primavera
 Y en él no abrieron su botón las flores!
 El verano llegó, con sus ardores,
 Y ni una espiga en la anchurosa era!

Del otoño la ráfaga sonora
 Va arrancando á mi huerto su verdura,
 Y ya no tarda, deslumbante y pura
 La nieve en copos que el invierno llora.

Rápida llegué, silenciosa y fría;
 Cubra su ampo mi heredad desierta;
 Qué me importa el invierno? No está yerta
 Al sol de agosto la esperanza mía?....

A. HERRERA TORO.



CARACAS 1892. — COMPAÑIA DEL GAS — NUEVA OFICINA DE RETORTAS Y HOLDER 6 SEA DEPÓSITO N.º 2

JULIANA LA LAVANDERA

NOVELA ORIGINAL

POR EL DR. ANIBAL DOMINICI

I

Como á una legua de la ciudad de..... había entonces, y me parece que hay todavía, una pobre aldea, poblada de gente buena, con treinta ó cuarenta casas á lo más, saltadas á lo largo del camino, y allá lejos, encima de una loma, al pie de la montaña, cerca de un riachuelo de poca, muy poca agua, pero de corriente siempre cristalina, se veía una casita blanca, separada de las otras, tan triste y silenciosa, que los que por allí pasaban alguna vez podían creerla deshabitada.

Protegióla de las cabras y los asnos, que en aquellos montes vagaban, libres de toda vigilancia, una no muy alta cerca de espinos, que se cubrían de verdes retoños en la estación de las lluvias para quedar luego desnudos y amarillentos en los meses de sequía. Algunos árboles de elevada copa la amparaban por la espalda, á cierta distancia, del viento de la montaña, al mismo tiempo que la guarecían de los fuertes calores de la canícula.

El terreno en que se había construido era casi todo abrupto y pedregoso, de manera que la vegetación se mostraba en él escasa y raquítica. Advertíase, sin embargo, en el patio de atrás un montoncito de tierra sembrado de flores, y esas flores duraban todo el año, siempre frescas, hermosas y lozanas, tan enlazadas y pegaditas unas á otras, que formaban un ramillete vivo, en el cual se detenían con placer las miradas del pasajero. Descubríase luego una cruz en medio de los risueños arbustos, y una repentina sensación de tristeza venía como á derramar sombra de pena en las brillantes flores, al pensar que ellas no embellecían y embalsamaban sino tierra fertilizada á fuerza de lágrimas, tierra que escondía seguramente una sepultura.

Se componía la casita de dos piezas: una, la mayor, que servía de sala y alcoba; otra, que era la cocina y despensa. En la primera había un catre de cuero y otros muebles rústicos; lo que en ella llamaba la atención era un gran cuadro de marcos dorados que ofrecía á la vista, sin ningún artificio, una cabellera negra, abundante y sedosa, sin duda de una mujer joven, que debió de ser muy bella con sólo aquel espléndido adorno, digno de la cabeza de una reina.

El cuadro estaba enfrente del desaliñado lecho, y en uno de los ángulos más cercanos á éste se notaba colgado también de la pared un traje completo de oficial de infantería, y más allá una espada, una lanza sin asta y dos pistolas de las que entonces se llevaban al cinto.

Dueño y habitante de la casita blanca era Juliana, cuyo apellido nadie sabía, y ya por esta circunstancia, ya por ser la mejor y la más incansable lavandera del lugar, aun cuando tantas mujeres había del oficio, se habían acostumbrado todos á llamarla *Juliana la lavandera*.

Juliana era una mujer de algo más de cincuenta años, de mediana estatura, blanca la tez aunque tostada por el sol, manos y pies pequeños, de actitud resuelta y modales que las más de las veces parecían varoniles. Lo que en ella quedaba propio del sexo revelaba que había sido simpática y atrayente en su juventud.

Ignorábase de dónde era y por qué había venido á la aldea. Una mañana,—de ello hacía cerca de tres años,—llegó conduciendo ella misma un carro, en que traía su ajuar; atravesó el pueblecito, se apeó lo más próximo que pudo de la loma antedicha, abrió la habitación que de tiempo atrás se mantenía cerrada, y se instaló en pocos momentos, sin solicitar informes ni auxilios de persona alguna.

A los pocos días empezaron á traerle ropa de la ciudad, que ella recibía y entregaba, después de lavadas, en su propia casa, muy al contrario de lo que les sucedía á las demás lavanderas, quienes tenían que ir á buscarla y más tarde á devolverlas, en las casas donde les proporcionaban trabajo.

La vida de Juliana era de lo más singular.

Impasible, taciturna, retirada de todo trato; desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, sin acordarse jamás de fiestas ni holgorios, metida entre las piedras del riachuelo, mojado, enjabonado, estregando y golpeando todo el santo día, ropas que en sus manos tornaban á ser tan blancas y lucientes, como cuando salieron las telas de la fábrica.

Nadie la había oído nunca cantar, siendo así que no hay lavandera que no cante al compás de los variados movimientos de su faena: ni la habían visto reírse, ni entretenerse con nada; tampoco la habían visto llorar ni persignarse, ni siquiera comer, cosa de que es imposible prescindir. Lavaba lejos de todas, y no permitía jamás compañeras á su lado, bien que muchas se acercaban á ella con maña, y le ponían conversación, y le brindaban regalitos y golosinas, que siempre rehusaba; y se prestaban á ayudarla, todo con el fin de lograr su amistad. Cuanto más le decían, y más la agasajaban, menos atención les manifestaba, con lo que algunas la tenían por idiota y otras pensaban que era soberbia ó algo parecido.

Dije que la gente de la aldea era buena, y no dije mentira; pero la mansedumbre del corazón no excluye la curiosidad en los grandes ni en los pequeños, ni veda que por los medios posibles se intente descubrir lo que no se sabe, y, al ver frustrado el propósito, no impide tampoco que se murmure un tanto del que se resiste á la natural indagación humana.

Preciso es consignar aquí, en honor de la verdad, que eran sólo las mujeres las que andaban siempre en averiguaciones y cuchicheos acerca de la vida y costumbres de Juliana. Los hombres, jornaleros casi todos, pasaban la mayor parte del tiempo en las haciendas cercanas ó en sus pobres sementeras; volvían á sus chozas cuando casi desaparecían entre las nieblas de la montaña las posteriores claridades del crepúsculo de la tarde, rendidos de las labores cotidianas, mojados por la lluvia que los había azotado durante las horas del trabajo, ó quemados por los ardientes rayos de nuestro sol tropical; apenas cambiaban entonces algunas palabras con la compañera del hogar, ansiosos de participar de la cena que hallaban aderezada, y luego que satisfacían el voraz apetito se echaban á dormir hasta que asomando la aurora del día siguiente, los despertaban el mugido del buey ó los ladridos del perro, y partían otra vez á sacar la concertada tarea para asegurar el sustento de la semana.

El domingo se reunían varios de ellos en la venta del pueblo. Allí, después de apurada más de una copa de aguardiente, rodaba de ordinario la conversación sobre las cosas que contaba algún amigo ó conocido que regresaba á la comarca, al cabo de muchos años de ausencia, transcurridos en la ya pasada guerra de la Independencia. Los más de los interlocutores habían sido también soldados, pero habían vuelto antes ó se habían alejado poco de la provincia; por manera que cuando llegaba otro, que la suerte de las armas había llevado de los llanos de Venezuela á los llanos de Casanare, de las sierras de Mérida á la planicie de Bogotá y hasta los campos del Perú, los tristes veteranos, convertidos en campesinos, no se cansaban de escuchar los hechos reales ó fabulosos, que de ciencia cierta ó simplemente por oídas narraba el reciénvenido, y eran después repetidos y comentados de mil modos diversos.

Porque en esos tiempos, en que las tales mujeres se intrincaban por averiguar la misteriosa existencia de Juliana, sólo habían corrido cuatro años de la victoria de Ayacucho, durante los cuales no expiraba mes, sin saberse el regreso de algunos licenciados del Ejército; pobres hombres, inválidos unos, enfermos otros, asendereados casi todos por el rigor del destino, y sin embargo venían contentos y animosos á las aldeas, de donde salieron al comenzar la magna y terrorosa lucha, que con huesos de venezolanos quedó marcada en el territorio americano desde Güiría y Puerto Cabello hasta los lindes de Chile; y cogían el machete del conuquero ó el hacha del leñador para ganar oscuros y tranquilos el pan de cada día, sin pretensiones de pagas ni recompensas, sin deseos de más nada, sin rencores ni resentimientos, y aun sin pensar en que habían realizado con la sangre de sus venas, la eficacia de su ardimiento y la inestimable virtud de su constancia, lo más

grande que pueden hacer los hombres: la independencia de un continente! la libertad de un mundo!

Las mujeres, á quienes esas continuas historias de peleas, asaltos y degollinas antes que agradas amedrentaban, tal vez porque tenían que tornaran otras guerras, y en ellas sucumbieran los que habían vuelto, los padres y los hermanos, y después los hijos, que crecían oyendo las pavorosas aventuras; preferían hablar de Juliana, á la cual la imaginación, excitada por el ocio y la curiosidad no satisfecha, les representaba á veces como dotada con algún dón sobrenatural, que ellas llamaban brujerías.

Verdad es que Juliana la lavandera tenía cosas!.....Si algún día de guardar bajaba á la aldea con el fin de comprar en la venta algo que para la semana necesitaba, y encontrábase por casualidad con uno de esos inagotables narradores, que referían á lo vivo las más terribles proezas de los héroes patriotas, se sentaba en un banco, fijaba las miradas en el que hablaba, y, ella tan desabrida é indiferente para todo, á tal extremo se iba poseyendo del relato, que se le crispaban las manos, apretaba los dientes, se le hinchaban las arterias del cuello, y se transformaba, como si asistiera en espíritu al formidable combate, como si viese con placer los vencidos que agonizaban, y oliera con deleite el vapor de la sangre que se vertía á torrentes entre el humo de la pólvora y las crueles imprecações del vencedor.

Los hombres no hacían caso de ella; pasaba por ventura alguna mujer, se detenía breves instantes á contemplarla, se marchaba á poco sobrecogida, se lo contaba á cada una de las que hallaba, y todas se santiguaban, firmes en la creencia de que Juliana tenía sin duda pacto con el diablo, pues le gustaba escuchar relaciones de guerras y muertes, que á ellas les hacían erizar los cabellos y les producían pesadillas horribles en la noche.

Una de las lavanderas, más traviesa, más joven y más astuta que las otras, había descubierto que Juliana usaba los cabellos cortos como hombre, y por eso no se quitaba jamás el pañuelo de la cabeza. Más había averiguado la perspicaz lavandera, y era que tenía una enorme cicatriz sobre el parietal derecho, efecto quizás de un sablazo que le había echado abajo parte del cuero cabelludo y la mitad de la oreja del mismo lado. En otra ocasión la había sorprendido con las mangas de la saya atadas á la cintura, y, al vuelo, porque ella se cubrió inmediatamente, le había observado que tenía otra descomunal cicatriz, en el hombro izquierdo la cual se extendía hasta cerca del codo.

No faltaban también individuos del sexo fuerte que con sus noticias diesen pábulo á la curiosidad de las mujeres. Uno decía que en cierta noche de luna, al pasar por detrás de la casita blanca, yendo á armar una trampa de venados, había visto á Juliana la lavandera, arrodillada junto á las matas de flores que estaban en el medio del patio, y había oído claramente que rezaba, y lloraba, y pedía perdón á Dios, pero con tales y tan lúgubres acentos que al hombre le pusieron miedo, y no quiso volver por allí; otro contaba que una madrugada, como saliese de viaje solo para no sé cual pueblo, caminando aguas arriba por la vera del riachuelo, había encontrado á Juliana lavando una cosa oscura y larga, que luego le pareció una cabellera de muerto, y lloraba, y se quejaba con gran dolor, lo que á él también le causó espanto.

De estos datos coleccionaban las mujeres que Juliana no dormía, así como acaecía á las brujas.

Un hombre, que le traía con frecuencia de la ciudad ropas para lavar, refería que la había hallado varias veces limpiando el vestido militar y las armas que en el cuarto guardaba, y le había preguntado otras tantas de quién eran, y siempre le daba contestaciones diferentes, como si se olvidara de lo que antes le había dicho; y otros, por último, aseguraban que estaba rematada del juicio, pero que la protegía una gran señora, de la cual había sido fiel é inteligente camarera, que esa señora le había dado la casita blanca para que viviera allí y no la recluyesen en un hospicio, pues entonces como ahora trataban por aquí en todos



CONCHITA MICOLAO DEL RIO

ellos muy mal á los enagenados, aunque se prodigase el oro á manos llenas.

No opinaban lo mismo las buenas aldeanas, que la miraban lavar con tanto gusto y habilidad las piezas de géneros más finos y delicados, sin romper un encaje, ni descomponer una lechuguilla, ni maltratar un bordado, ni descoser una alforza; y bien comprendían que nuestras abuelas, tan cuidadosas de sus túnicos de batista, sus enaguas de warandol, sus toallas de caladas guarniciones y otras prendas de ese jaez, más apreciadas por ellas que tafetanes y terciopelos, no habían de confiárselas á una loca para que diese cuenta de lo que tanto querían.

Vamos á conocer á *Juliana la lavandera*.

II

A fines del siglo pasado vivía en Caracas una muchacha, ligera como una mariposa, decidora como un turpial, fresca como una mañana de campo.

Ana era su nombre. Vestía de continuo enaguas de colores alegres y camiseta blanca escotada, de mangas lo más cortas, con puntitas de encajes al rededor, que dejaba ver—fuera de lo que permitía adivinar—una garganta, unos hombros y unos brazos, que parecían hechos á cincel. Calzaba sus desnudos pies con zapatitos de lustroso cordobán, de cada uno de los cuales subía enrejado de cintas, que adornaban la primorosa pierna desnuda, y su tocado era siempre sencillo y caprichoso.

Ojos negros y grandes como los duelos del pobre, nariz recta y afilada, muy abierta, cual si necesitara mucho aire que respirar, mejillas como conchas de caracol, boca de risas y de besos, triquetña, con la piel aterciopelada del durazno; ni

alta ni chica, ni gorda, ni flaca, y, además de eso, los remilgos de una caraqueña y la gracia de una andaluza; Ana traía locos á jóvenes y viejos en la ciudad, tanto que cuando ella pasaba por una calle se formaba corro para verla, eplaudirla y galantearla.

Activa, diestra, hacendosa, ganaba la vida honestamente: lavaba, aplanchaba, cosía, bordaba, vendía flores y cucuruchos de dulces; servía de peñadora en las familias cuando se preparaba algún baile ó festín, de aquellos con que se solemnizaban, en la residencia del Capitán General, sucesos regios de la Península ó la venida de magnates españoles. De todo entendía y á todo se aplicaba, por manera que nada le faltaba en la vida, alimentos, vestidos, galas, dinero, cariño y simpatías de todo el mundo, porque hasta con las más encoquetadas damas de la Colonia trataba, en razón de los servicios que he referido.

Cuando llegaba el día de sus días muchos hubieran creído que no había otra Ana en Caracas, así le llovían regalos, obsequios y agasajos, que aceptaba ufana y gozosa de verse tan querida de ricos y pobres; y en la noche reunía en su casa las muchachas más bonitas de su clase, acudían con la música los jóvenes más elegantes de la primera sociedad, y jugaban y bailaban, y cantaban, y se derramaban los generosos vinos de España, las rosadas mistelas, los sabrosos jarabes y caratillos, y se repartían frutas, dulces y otros manjares hasta el amanecer, y salían todos más y más enamorados de la reina de la fiesta, que en honor de los convidados había prodigado toda la sal de sus chistes, su gracia y su natural sandunga.

Entre tantos galanes Ana, se deslizaba intangible y vaporosa como una hada. Nadie podía asirla, ninguno lograba fijarla, ninguno conseguía de ella una palabra, un gesto, una mirada de preferencia: sus donaires eran para todos, y el que pretendía vencerla con halagos, con dádivas ó con frases alimbaradas, pronto se persuadía de la inutilidad de sus esfuerzos.

Decía ella que no había nacido para el amor; que se quería tanto á así misma, que no podría nunca amar á hombre alguno, porque nadie la amaría como ella se amaba; que el amor era un juego de azar, en que la mujer perdía unas veces mucho y otras veces poco, pero siempre perdía, aunque el hombre por su parte no ganase: decía que las mujeres debían estar siempre en guardia contra la serpiente, que andaba muy consentida en el mundo, pues, por más que dijeran lo contrario los capuchinos de San Francisco, al paraíso no había entrado más serpiente que el hombre mismo, y como no hubo testigo de lo que allí pasó, y siempre quiebra la sogá por lo más delgado, castigaron á la pobrecita Eva, y Adán salió mondo y lirondo, porque aquello de que trabajase para vivir es cosa que alcanza también á las mujeres: decía..... en fin, decía todo lo que á ella se le antojaba, para que no insistiesen en enamorarla, y con tal chispa, tanto ingenio y tanto aquel que se morían de risa los que la veían, pero.....se enamoraban más de ella.

Chica tan imbuida en semejantes filosofías estaba más segura en la calle, que las niñas encastadas en el Convento de las Madres Concepciones. Bien sabía ella que en la renuncia del amor consistía su fuerza, y en su fuerza su ventura, porque nada le ofrecía el amor. Los que eran superiores á ella en nacimiento y fortuna aspiraban á convertirla en juguete frágil, por supuesto, y perdido de sus livianas pasiones; los que eran al parecer iguales suyos en condición, y le prometían unirse con los indisolubles lazos de Himeneo, no eran en realidad sino sus inferiores, que distaban mucho, muchísimo de su espíritu y su corazón, que no la comprenderían jamás, que no realizarían sus deseos, que aspirarían á bajarla al nivel rastrero en que ellos vivían; á ella, que era un pájaro, acostumbrado al aire saludable de las alturas, á la libertad, á las flores, á la música; á ella, que tenía su poesía y sus ideales, porque aunque esta palabra no anduviese de moda en aquel tiempo, sabía y sentía que había en la existencia humana algo más que la prosaica satisfacción de la materia.

Así alcanzó Ana hasta los veinticuatro años de su edad, cada día más bella y donosa, cada día más querida y solicitada.

Llegó á la sazón á Caracas un mancebo andaluz que tocaba, cantaba y bailaba á maravilla, tanto que todos se desvivían por verlo y oírlo. Cuando cogía en sus manos la guitarra no era que tañía las cuerdas, sino que las hacía hablar con el lenguaje apasionado del amor; y, si era el arpa la que pulsaba, no había que decir, porque verdaderamente los acordes y melodías que de los alambres arrancaba no podían hallar semejantes, sino en los coros del cielo. Tal era á lo menos la impresión que en los oyentes causaba, y yo no lo extraño en un pueblo tan aficionado á la música como el nuestro, donde rara vez se escuchaba entonces un artista.

Si cantaba era aún más admirable. El andaluz poseía un repertorio inacabable de tonadillas malagueñas y sevillanas, nunca oídas en Caracas, y lo favorecía una voz dulce y vibrante, y sabía modular con el salero de su tierra los chispeantes versos de las canciones eróticas y populares.

Tanta fama cobró en pocos días, que hasta en las casas principales quisieron gozar de sus habilidades, y de muchas lo llamaban para que tocara y cantase delante de las señoras y las niñas, por de contado lo más serio, lo más ajeno de amoros, y para mayor respeto concurría á la velada el sacerdote de la familia. Nada pedía el artista por su trabajo, pero aceptaba los regalos que le hacían, lo cual á los señores de la casa les parecía más digno, y á él le convenía, porque siempre recibía más de lo que sus cantos bien avaluados merecían.

Cuando llegó dijo que su nombre era Juan



HENRIQUE RAZETTI

Padilla, y nadie le preguntó más nada. Para qué? Era un hombre de hasta treinta años de edad, de mucho garbo, buen vividor, afable y risueño á toda hora, de facundia y gentileza, rumbo á no poder más, pues los doblones que le entraban con su música se le salían con la misma en serenatas, francachelas y holgorios.

Excusado es decir que Padilla se prendó de Ana, desde la primera vez que la vió. Supo que había quedado victoriosa en cuantos lances se habían preparado para rendirla, que los más seductores pollos de Caracas no habían logrado de ella ni el más pequeño favor, que vivía segura de ser invulnerable, y se propuso estudiar aquel tipo de manola, trasplantado de Sevilla á Caracas, la cual encontraba más deliciosa que sus paisanas, para después atacarla y vencerla.

La invicta Ana no pensó un momento en precaverse contra el listo andaluz, antes bien se dejó arrastrar de la natural fascinación que en la mayoría de las chicas de su calidad ejercía aquél con sus coplas y sus golpes caballerescos. Donde quiera que Padilla cantaba ó tocaba allí estaba Ana, quien se embelesaba con el ritmo amoroso de los romances castellanos, entonados con el acento melancólico del trovador cuando pregonaba la belleza de su dama, refiere cómo la adora, lamenta los desdenes de la ingrata, y pide la muerte, porque no quiere vivir sin ella; y Ana sentía que aquellas palabras armoniosas, aquellos versos decidores, aquellas notas tan dulcemente tristes y sonoras repercutían en su corazón de un modo singular, y hacían vibrar en él fibras que ella no creía poseer. Así iba confundiendo involuntariamente en su imaginación el acendrado amante que figuraba en las trovas con el artista mismo.

Cuando las otras muchachas palmoteaban entusiasmadas y locas de placer, Ana callaba conmovida. Lágrimas para ella incompre-

bles corrían por su rostro transfigurado, le temblaban las aristocráticas manos, un estremecimiento nervioso agitaba su elegante cuerpo, y no podía separar los ojos del fantástico andaluz.

En acabándose el canto se marchaba presurosa, sin despedirse de nadie, pero soñaba toda la noche con el amor y las simpáticas aventuras de aquel amante imaginario. Al despertar no pensaba sino en el héroe de los diferentes romances que había oído cantar, el cual era para ella uno solo, y ansiaba por la noche siguiente para concurrir á la casa, donde debiese trabajar otra vez Padilla. Volvía, y la emoción crecía, y el vuelo de su pensamiento se remontaba sobre cumbres desconocidas, y veía con los ojos del espíritu horizontes infinitos, y el deseo inconsciente se apoderaba de su alma, sedienta de aquel amor romántico, y las ficciones desaparecían en el delirio de su cerebro acalorado.

El mancebo comprendía el efecto que su voz y sus palabras producían en el corazón de Ana; veía sus grandes ojos negros fijos en él, veía correr sus lágrimas terribles, adivinaba las palpitations de su organismo impresionado, descubría la revolución que se efectuaba en aquella mujer, que era toda espíritu; y cómo él la amaba, y no cantaba más que para ella, el poder de su arte se acrecentaba, la fuerza creadora de la inspiración redoblaba sus facultades de artista, y los sonidos brotaban de su garganta como una cascada mágica de luz.

En el tiempo que la conocía nunca le había dirigido una galantería. Se propuso con eso infundirle más confianza, y lo consiguió. Poco á poco fué acercándose á ella, y la trataba como una hermana querida, á quien se prueba de mil modos diversos el cariño más entrañable sin decirselo, sin exigirle nada en cambio. Para que Ana lo oyera se fingía desgraciado, porque estaba lejos de su patria y privado del amor maternal, el único que lo protegía. Recitaba versos de adiós, que pretendía haber compues-

to y la hacía suspirar; contaba los chistosos decires de Andalucía, y la hacía reír. Tomaba todas las formas de la seducción para alcanzar su objeto, y la impregnaba del magnético fluido de su ardiente deseo, y la envolvía en la sutilísima red de su amoroso propósito, y ella no podía ni sabía resistir.

En suma, Ana, la invencible Ana había encontrado al fin la serpiente en el paraíso de sus ilusiones; Ana estaba enamorada, enamorada de la cabeza á los pies del farsante andaluz!.....

Alguien puede exclamar, quizás, al llegar aquí, que todo esto es romanticismo puro, que no suceden así las cosas en la tierra, que hay en la vida asperezas que detienen y claridades que enseñan. También hay sombras que engañan y luces que desvanecen! Cuento lo que me contaron: á veces la verdad no es verosímil, que dijo Boileau, y era un gran pensador.

Si en el interior de un salón herméticamente cerrado se arroja, es un decir, una cerilla encendida, acontece que la chispa de fuego va prendiendo lentamente la alfombra, quema después la tabla del pavimento, extiéndose en seguida á los sillones, los sofás, los veladores, las consolas, llega luego á las cortinas, los tapices, los cuadros, los espejos, y sube, y sube, hasta alcanzar la bóveda. Nadie sospecha lo que pasa, no se ve llama por ninguna parte, ni sale humo fuera, ni se siente el más leve calor; pero, desdichado del que abra una puerta, un postigo, una rendija siquiera, entra el aire, despierta el fuego que parece dormido, estalla el incendio, salen lenguas de candela, brotan torbellinos de negro vapor, arde hasta el viento, propágase la combustión en todos sentidos, cruge el edificio, cae á poco, y en breves instantes no quedan más que carbonos incandescentes y cenizas enrojecidas.

Tal era el estado de Ana. Bastaba acaso el encuentro de dos miradas, el hálito que se cruza con otro en el aire, un suspiro, un ¡ay! lo más intangible que pueda imaginarse, lo más imponderable que sea posible concebir, para que se rompiera instantáneamente el cráter y brotase fuera todo el inmenso volcán de la pasión contenida, cuya magnitud Ana sola ignoraba.

A qué decir más? Padilla anticipó adrede la ocasión y aprovechó el menguado momento. Detestaría el realismo de las escuelas modernas, si me obligase á agregar una palabra más, que me dolería como el recuerdo de una desgracia. Ana sucumbió; la que se había cernido siete años sobre el cielo de Caracas, paloma que volaba con las alas de la virtud y la gracia, cayó á los pies del aventurero español.

El Avila debió de haberse encapotado ese día con sus más espesas y frías nieblas!

Continuará

HENRIQUE RAZETTI

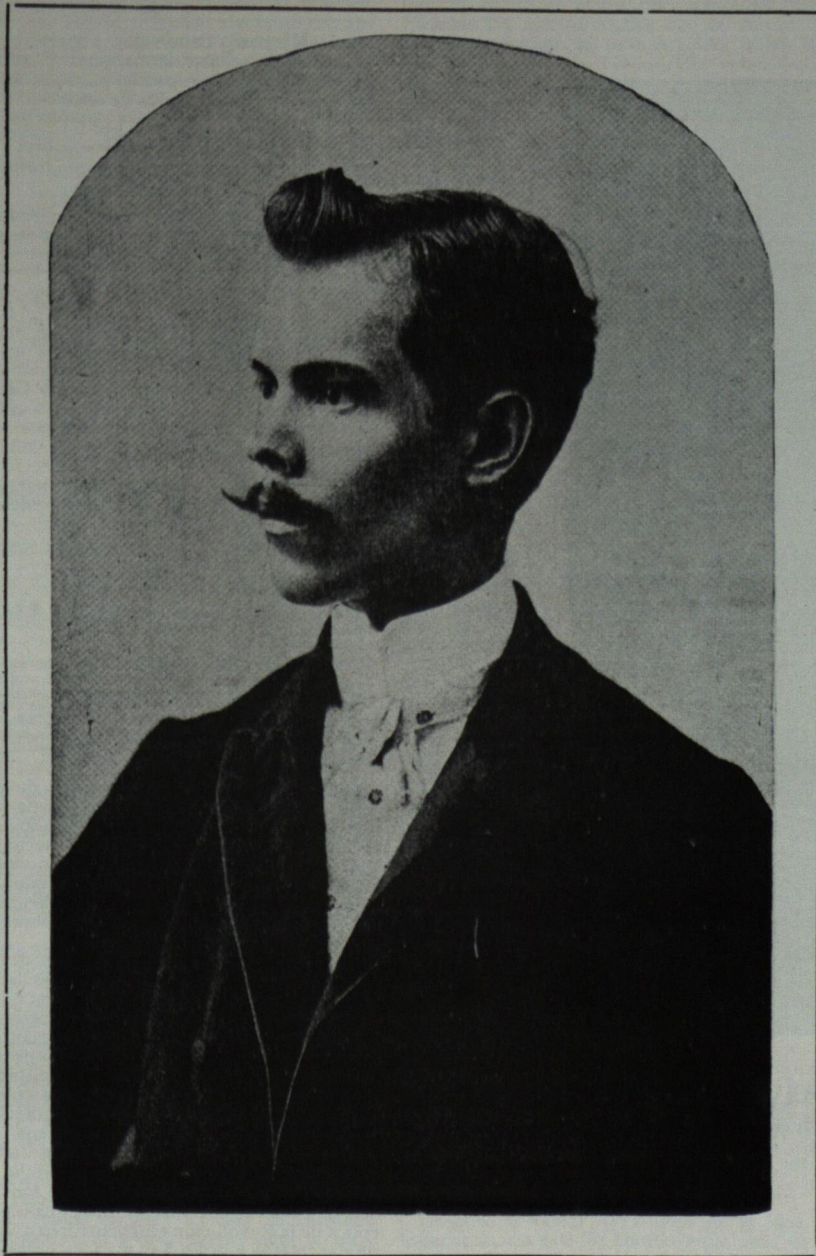
Con la publicación del retrato del Doctor Henrique Razetti y Martínez Sanz, dedicamos un recuerdo al que fué inteligente colaborador de este periódico y muy querido amigo nuestro.

Cuando todo sonreía en la vida al virtuoso é ilustrado joven en quien tantas esperanzas cifraba la sociedad; cuando á cosechar empezaba el fruto de sus desvelos en las aulas, emprendiendo científicas labores que habrían de ser su gloria y orgullo de la patria; cuando las artes que eran su recreo llenaban de benéfica trucción sus horas de reposo y el amor tejía para sus sienes, nupcial guirnalda de preciadas flores, aleva rasga la muerte sus entrañas y á deshora sepulta tanta promesa en el seno de la nada y en aflicción inconsolable á los seres que le amaron.

Descendiendo por la línea materna del Licenciado Don Miguel José Sanz, aquel de quien dijo Humboldt que por sólo conocerle bien se podía hacer un viaje á América, de tan ilustre progenitor parecía haber heredado el joven Razetti, á través de tres generaciones, la afición á profundos estudios científicos, congruente con la ingénita seriedad de su carácter. Prueba de ello son los estudios meteorológicos con que ilustró las páginas de este periódico y el acopio de observaciones que ya poseía para dar comienzo á una obra sobre la misma difícil materia, cuando decreto de lo alto puso en su vida el fin tan cercano del principio.

Sólo veinte y seis años duró esa vida que prometía ser fecunda!

E. M. y M.



REDESCAL UZCÁTEGUI

REDESCAL UZCÁTEGUI

Entre los jóvenes venezolanos que representan promesa cierta de gloria para la Patria, debemos contar á este pianista compositor, cuyo retrato se complace hay en publicar EL COJO ILUSTRADO.

Pensionado UZCÁTEGUI por el Gobierno en el año de 1888 para continuar en Europa sus estudios musicales, ha trabajado allí con entusiasmo y severidad hasta alcanzar hoy alto puesto en el ministerio de su arte.

Corta es su biografía, como de quien no tiene aún edad suficiente para haber probado la parte amarga de la vida, sino que toda su existencia se ha deslizado suavemente entre sus ejercicios de pianista, y los triunfos alcanzados por su saber y pericia.

Nació UZCÁTEGUI en Caracas el 4 de agosto de 1871, siendo sus padres el señor Pedro Uzcátegui y la señora Emilia Suárez.

Por sola afición principió á tocar el teclado de edad de 11 años, tomando más después como maestros á Silverio Talavera, y en seguida al notable profesor de piano señor Jesús M. Suárez, de quien recibió lecciones por espacio de 3 años.

En 1888, fecha de su viaje á Europa, publicó su primera composición titulada: *Primeros acordes*. Al llegar á París tuvo la suerte de estudiar bajo la dirección del sabio maestro Marmontel,

quien se reputa de excelente, no tanto debido á su técnica, como á ciertas especialidades de interpretación estética que son la base primordial de su enseñanza.

En 1889 fue admitido en el célebre Conservatorio de París y principió á cursar armonía y composición en la clase de M. Duprato. Como es costumbre en los concursos de admisión, diéronle un tema para su desarrollo, y tan cabalmente supo hacerlo, que creyéndose el Jurado ser víctima de una mistificación, obligáronle á pasar á un "curso á puertas cerradas" donde con nuevo tema dió el mismo favorable resultado. La prensa de aquel año se ocupó del curioso incidente. Obtuvo en este concurso "Mención Honorífica," y en la continuación de sus estudios le vemos figurando en la lista de premios del Conservatorio, primero como alcanzando un "primer accesit," y más después (en el 3.º año de estudios) el 2.º premio, que es, según dicen, la mayor recompensa á que puede pretender un alumno extranjero del Conservatorio.

En el mes de julio del pasado año prestó un lucido examen para adquirir derecho de entrada en la clase de "Grande Composition" que regenta el célebre armonista M. Th. Dubois.

Sus últimos profesores de Conservatorio en lo relativo al piano fueron, hasta su regreso á la Patria, M. de Bériot (de alta reputación como tecnicista) y el popular compositor M. Francis Thomé.

Por licencia concedida por el Conservatorio se haya de paso entre nosotros el joven UZCÁTEGUI, siendo sus intenciones regresar á París dentro de pocos meses para finalizar sus serios estudios de composición musical.

Varios conciertos ha dado el joven pianista y siempre con merecido éxito; debiendo mencionarse en primer término el que dió el 9 de noviembre del pasado año en la célebre Sala Erard de París, centro muy respetado, ya que en él se reúnen las grandes notabilidades del arte musical, y tanto el público como los representantes de la prensa que á dicha sala asisten, ejercen severa censura sobre los artistas que allí se exhiben. En Nueva York también se ha hecho conocer con aplauso general en tres conciertos.

Y aquí tuvimos oportunidad de asistir á la "Audición Musical, dedicada á la prensa de Caracas" que se efectuó en el Salón principal de la Academia de Bellas Artes hace un mes.

De cuatro números constó el programa, formando todos ellos un conjunto variado de diversos linajes de composiciones. En *La Vuelta al Hogar*, producción del joven UZCÁTEGUI, admiramos las delicadas facultades de invención del pianista; y en el *Allegro Appassionato* de Saint Saëns y el célebre *Tremolo* de Gottschalk, sus condiciones técnicas que revelan un completo dominio de todas las dificultades del instrumento, y un estudio asiduo y consciente para la independencia completa y racional así de los dedos como del puño. En el *Tremolo* hay que realizar una igualdad absoluta de sonido y tiempo; y en el *Allegro* es terrible el trabajo de la mano derecha, y expuesto á cada momento á equivocaciones que traen obscuridad; el joven pianista realizó la primera á maravilla, y evitó el escollo que presentaba la segunda.

Más la obra por que más le aplaudimos, ya que representa y demuestra su talento de composición de puro numen, fue su *Sonata en mi menor*.

Dada la actual manera de componer, que no es ni más ni menos que la misma de los clásicos, el músico compositor no puede hoy dar libre curso á su fantasía y llenar páginas y más páginas con sucesiones melódicas sin fin, sino que, elegido un tema de dos ó tres compases, bien armónico, bien melódico, ha de desarrollarlo en toda la parte de la composición que con él se inicia, adornándolo también con episodios que si á primera vista parecen diferentes de la idea principal, examinándolos con atención ha de encontrarse en ellos parentesco muy cercano, cierta fisonomía de familia con la idea matriz; esfuerzo este grande que implica necesariamente ingenio y ciencia. Así en la *Sonata en mi menor* que en las tres partes de que consta revela en su autor profundos conocimientos de armonía, talento real de creador, y le promete triunfos seguros en su ya brillante carrera.

Más pudiéramos decir acerca del joven pianista, pero rechazando la índole de esta Revista extendernos mucho en un solo asunto, nos reducimos á felicitar de corazón al talentoso artista que, á ver los lauros ya alcanzados, será en tiempo no lejano gloria y timbre de honor para su Patria. Trabaje sin descanso, que entre sus compatriotas puede contar siempre con quienes sabrán en todo tiempo estimar su modestia, admirar sus virtudes y aplaudir con entusiasmo sus talentos.

VENENO SOCIAL

(Del portugués)

Jamás la mano pura de las vírgenes
Siquiera toque á la mujer perdida;
Que el más ligero roce de su tónica
La sangre inflama y el pudor marchita.

Ella con gasas de bordado artístico,
Tejidas de oro y seda se atavía;
Y en la ondulante falda oculta péfida
La lepra que aquel cuerpo estigmatiza.

El seno inverecundo se alza tórgido
Cual blando nido que al amor cautiva;
Y es sólo aciago y tenebroso féretro
Donde por oro un corazón palpita.

Allí letal veneno apuran, miseros,
Cuantos ardiendo en sórdida lascivia,
De aquel abismo al borde arrastra el vértigo
Hasta el inmundo cieno de la sima.

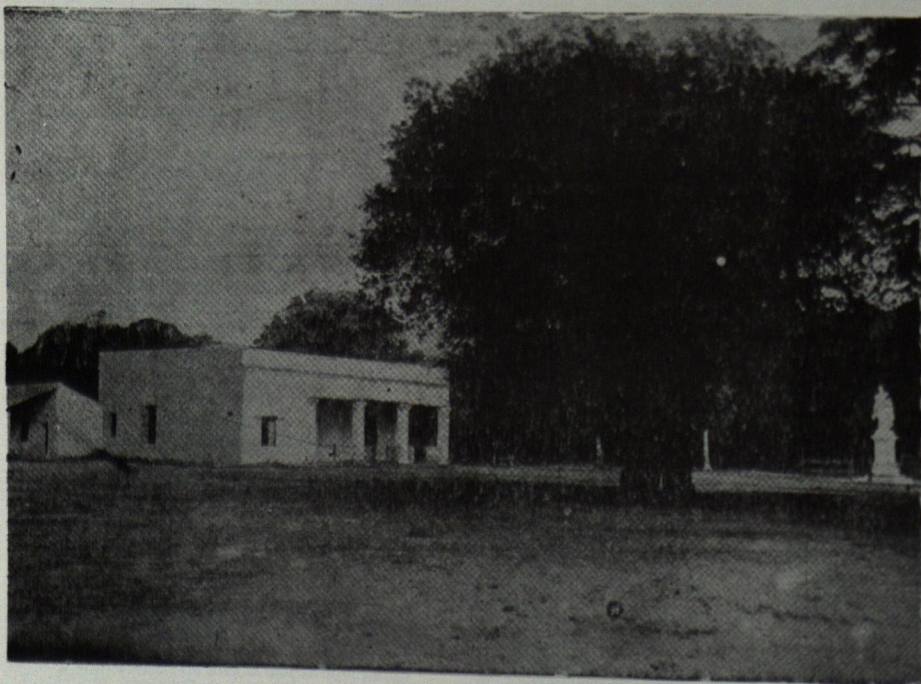
Es por ella que en vano acerbas lágrimas
Vierte la esposa cuyo honor mancilla;
Y la madre á sus hijos mira escudillos
Al venenoso aliento que respiran.

Huid de que os fascine, incautos jóvenes,
Con sus hechizos la mujer perdida;
Que emponzoñada está su blanca tónica
Cual la veste infernal de Dejanira.

D. JUGO RAMÍREZ.



ESTATUA DE BOLIVAR
EN LA QUINTA DE SAN PEDRO ALEJANDRINO



QUINTA DE SAN PEDRO ALEJANDRINO

BESOS

Mis besos tienen alas, y sereno
Callado revolar de mariposa;
Y vuelan y se esparcen por tu seno
Cual pétalos de rosa.

Mis besos vuelan, y por tí levantan
La primera canción de los amores,
Canción de primavera, la que cantan
Las aves á las flores.

Mis besos vuelan, vuelan hechizados
A que en su amante seno te reposes,
Y liban en tus labios purpurados
El néctar de los dioses.

A tí vuelan mis besos cada día;
Mas pasar no los dejes de tu reja:
Hieren y sacan sangre, vida mía;
Hieren como la abeja.

JULIO CALCAÑO.

SEMBLANZAS DE PROCERES CIVILES

CUADROS HISTORICOS

DOCTOR JUAN GERMAN ROSCIO

V

Origen del Doctor Roscio.—Sus tendencias políticas.—Sus ideas sobre la forma de gobierno.—Sus obras de propaganda.—El elemento italiano en el descubrimiento y colonización de la Costa firme.—Algunos decretos firmados por Roscio, como Presidente del Congreso de Angostura.—Carta de éste á Bolívar después de Boyacá.—Juicio de los historiadores y otros personajes notables sobre el Doctor Roscio.—La obra de los Próceres Civiles de 1810.

Cuando al recorrer el vasto campo de la historia de un pueblo se fija la mirada en una de esas notables personalidades que han figurado en primer término en la sucesión de los acontecimientos de una época memorable, el espíritu se siente como atraído por el prestigio de la celebridad y se complace en distinguir cada uno de los rasgos característicos del personaje que se presenta realzado por sobresalientes aptitudes.

En el período histórico, fecundo en grandes sucesos y en grandes hombres, que se llama la Revolución de la Independencia Suramericana, aparecen pensadores, publicistas, oradores, filósofos, jurisconsultos, médicos, militares, poetas, diplomáticos, estadistas que contribuyeron en la esfera de sus facultades individuales, á realizar la obra de la transformación política de las colonias hispano americanas en nacionalidades independientes.

De las posesiones ultramarinas con que España había dilatado su poderío en toda la redondez de la tierra, ninguna produjo como la Capitanía General de Venezuela, tan insólitos hechos y tan extraordinarias individualidades, en la época de la Revolución emancipadora. Cuanto puede dar interés y brillo á una causa política, se encontró como preparado de antemano, por efecto de una previsión misteriosa, para iniciar de una manera espléndida la era de la libertad, en una gran porción del planeta, cuyos habitantes venían sintiendo en la continua renovación de las generaciones el pesado fardo de una colosal injusticia.

La República tuvo en la América Latina en los días de su proclamación, partidarios que representaban honrosamente cada una de las facetas luminosas con que la civilización ha venido engrandeciéndose á los pueblos, en el desenvolvimiento progresivo de las facultades humanas. Ella ilustró el militarismo con Miranda, Bolívar, Sucre y tantos otros adalides gloriosos; la tribuna parlamentaria con Paúl y Muñoz Tébar; la jurisprudencia con Sans, Roscio, Mendoza; la legislación con Ustáriz; la poesía con Bello, la medicina con Vargas, la diplomacia con López Méndez, el clero con Madariaga, la prensa en fin con todos los escritores de aquella época famosa.

En esta pléyade de hombres eminentes que han alcanzado fama histórica, qué lugar ocupaba Juan Germán Roscio? ¿Cuáles eran sus antecedentes? ¿Cuáles sus tendencias políticas? Era acaso un demagogo que agitaba las multitudes para gozar en la contemplación de los tumultos ruidosos? Era un ambicioso que procuraba su encumbramiento á favor de los trastornos sociales? Tenía el temple de alma de los grandes ciudadanos? Era uno de esos patriotas de noble carácter que rara vez aparecen en el seno de las sociedades y que dejan en la historia luminosa huella? Qué influencia tuvo en la emancipación americana? Contribuyó á ella en grande escala con poderosas facultades?Cuál era su modo de ser individual? En una palabra que estatura moral tenía este patricio benemérito?

Después de haber narrado los principales acontecimientos...

tecimientos de la magna Revolución en que tuvo parte activa queremos ahora analizar al hombre.

El representa por su origen el elemento extranjero aclimatado en la Costafirme. Sus padres eran compatriotas de Colón. Pertenecían á aquellos europeos que agradablemente impresionados por las descripciones que hacían los viajeros de las regiones americanas, abandonaron hogar y patria para buscar en el Nuevo Mundo la felicidad que en vano anhelaban en el antiguo. Españoles é italianos unieron sus esfuerzos para el descubrimiento de América, y en la época de la colonización se ve á los hijos de Italia acompañando en crecido número á los de España. La agricultura y otras industrias recibieron de ellos impulso progresivo y la historia de la conquista fué enriquecida con Las Décadas de Pedro Martyr de Angiera.

Roscio por su condición social era de aquella clase que sin estar á la altura de la nobleza titulada, gozaba sin embargo de consideraciones y acatamiento. Su claro talento le colocaba entre los que sin esfuerzo y acaso sin intención se elevan por sobre el nivel común; su vasta ilustración le confería puesto honorífico en el brillante grupo de los pocos hombres que bajo el régimen colonial, lograron cultivar sus facultades intelectuales, recibiendo en el espíritu ávido de saber, los destellos luminosos de la ciencia; su carácter austero tenía por distintivo la tenacidad en los propósitos; sus ideas políticas giraron siempre al rededor del ideal de la democracia. Creía que los pueblos no pueden ser felices sino en el seno de la República federativa, única forma de gobierno que consideraba adaptable á las tendencias expansivas de la humanidad. La libertad era como la estrella polar de sus aspiraciones. Deseaba ver á su patria desarrollarse en todos sentidos, al amparo de su égida, y á la realización de tan hermoso programa lo sacrificaba todo noblemente. Escribía y hablaba con facilidad espontánea, si bien sus escritos y sus discursos, prolijos y á veces cansados, no tienen ese estilo insinuante que atrae la imaginación y la cautiva, reflejando sobre el propagandista la gloria de la popularidad.

Su figura tiene luz propia en el teatro de la historia; es de las que se destacan naturalmente en el cuadro sintético de los personajes de una época.

Que parte tuvo el Doctor Roscio en el triunfo de la Revolución republicana? El fué de los primeros que presintieron el porvenir y abandonando su carrera profesional y la cátedra de derecho que el Seminario Tridentino había confiado á su competencia, se consagró por completo al apostolado de la libertad. Su patriotismo generoso estuvo siempre á la altura de la gran causa que consumió su vida. Como educacionista fué sobresaliente; como hombre de carácter no cejó nunca ante los peligros, ni sintió desfallecimientos en medio de prolongados y grandes infortunios.

Le vemos aparecer en 1810 rodeado del pueblo que tiene confianza suma en sus virtudes patrióticas; le vemos en 1811 trabajar incansablemente, con actividad febril, dando calor y movimiento á la Revolución; le vemos en 1812 acompañar á Miranda en su desgraciada campaña, para caer luego en poder del inepto cuanto afortunado usurpador realista, y desaparecer de la escena política. En los años de 1813 y 1814, mientras sus compañeros del Gobierno Provisorio, de la Prensa, del Congreso, sucumben unos bajo la cuchilla sangrienta de los jefes peninsulares, y luchan otros valerosamente en los campos de batalla, Roscio está encerrado en las prisiones de Cádiz y de Ceuta, sin saber nada de la patria, ni de la Revolución de que había sido propulsor; pensando tal vez que la independencia, la libertad, la República habían caído para siempre y gemían como él aprisionadas y sin esperanza.

Después de cinco años de alejamiento del suelo que le vió nacer, aparece en una de las Antillas en 1816. Es el mismo revolucionario entusiasta, el mismo pensador convencido de inmutables creencias. Aléjase luego á los Estados Unidos y allí escribe sus obras "Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo" y "Catecismo Religioso Político contra el Real Catecismo de Fernando VII." Esta última no llegó á ver la luz pública, aún que su autor manifestó en un documento su ardiente deseo de hacerla circular.

En la primera, impresa en Filadelfia, campea la erudición histórica; es un hacinamiento de citas, tomadas casi todas del Antiguo y Nuevo Testamento, con el propósito de desprestigiar el régimen monárquico y hacer pomposa apología de la República. El criterio con que la moderna filosofía de la historia juzga hoy los acontecimientos humanos, es completamente distinto al que se observa en aquel libro, que parece más bien salido de la pluma de un escritor de la Edad Media, que de la de un republicano del Siglo XIX. Su éxito se debió sobre todo á la oportu-

nidad y á la persecución del partido realista que lo arrojó al fuego por mano del verdugo. Pasadas las circunstancias que le dieron importancia y prestigio, ha desaparecido, puede decirse que sin dejar en la bibliografía venezolana más que el recuerdo de su nombre.

En 1818 vuelve Roscio á la patria y comienza de nuevo la lucha tanto tiempo interrumpida por la mano de la adversidad.

Como Presidente del Congreso de Angostura su firma autoriza varios decretos de relativa importancia tales como el que creaba dos cortes de Almirantazgo en Venezuela, el 26 de marzo de 1819; el de enagenación de tierras baldías en la República, y autorización al Ejecutivo para levantar un empréstito sobre el crédito del Estado, el 12 de mayo; y el que creaba un Consejo de Administración de la Guerra el 24 de agosto del mismo año. En setiembre escribe á Bolívar felicitándole por la victoria de Boyacá, congratulándose con el pueblo granadino por este suceso que aseguraba su libertad y manifestando la idea de la unión de Venezuela y Nueva Granada como una aspiración justa y salvadora de los venezolanos, y el 17 de diciembre es uno de los que suscriben la ley fundamental de la República de Colombia.

Sus grandes esperanzas, que eran como presentimientos de su fe ciega en el triunfo de la independencia se cumplieron, y á él que tanto había luchado y sufrido por la realización de este ideal de su vida, sólo le fué dado como al legislador hebreo después de las peregrinaciones del desierto, ver desde lejos la tierra de promisión y enseñarla al pueblo.

El Doctor Aristides Rojas en uno de sus estudios históricos le dedica estos conceptos: "Roscio, espíritu recto é ilustrado, puede considerarse como uno de los hombres sobresalientes de la Revolución de 1810. Intransigente y tenaz por carácter, carecía de esa ductilidad tan necesaria en los hombres públicos."

"Roscio no hubiera podido nunca descender á las intrigas de las luchas políticas no obstante que era abogado. Poseía las dotes del hombre de Estado, digno de las asambleas y del consejo; pero como jefe de partido no lo hubieran soporado sus coetáneos."

Mr. James Hamilton, en una carta al Duque de Sussex, juzga á tan benemérito ciudadano en los siguientes términos: "Juan Germán Roscio, hombre muy respetable, de alguna celebridad en el mundo literario y de un espíritu sumamente independiente é ilustrado, es uno de los cuatro diputados á las Cortes, los cuales después de haberse escapado de las cárceles de Ceuta, fueron entregados al Gobierno Español y obtuvieron su libertad, por los dignos esfuerzos que hicieron en la Cámara de los Pares Británicos, los nobles amigos de V. A. R. Lords Grenville y Holland." Don Rafael María Baralt en su Historia de Venezuela le califica de "varón de gran virtud y doctrina, para el consejo excelente, en la acción nulo."

Después al hablar del origen de la idea de la Independencia y de los hombres que más fervorosamente la proclamaban, dice: "Así opinaba el mayor número de los diputados y entre ellos los más jóvenes y elocuentes, Ustáriz, Yanes, Roscio, cabezas llenas de entusiasmo, corazones idólatras de la libertad."

Don Juan Vicente González, en la Biografía del General Ribas, dice de él estas palabras: "Juan Germán Roscio era el pensador convenido del partido republicano; su frente, que parecía inclinada por la meditación, hacía que se le atribuyese un poder lleno de misterio; sus palabras eran recogidas como aforismos patrióticos. Si callaba mirábase su silencio como desdén de la sabiduría ó esquiviz del pudor; inteligencia honrada sin audacia, pluma fácil, vulgar y sin brillo, político de intratable energía, en medio de la timidez de sus opiniones."

El elocuente orador republicano Francisco Antonio Zea consagró á su memoria este entusiasta elogio: "Desde el año de 1810, en que Venezuela derrocó el despotismo, hasta el día en que, después de un viaje penoso y dilatado, llegó á principios de este año á la nueva capital del Estado, mil graves y difíciles empleos ocuparon de tal suerte su vida, que puede decirse con verdad, que ni un momento respiró, sino en servicio de la Patria. Su constancia en la adversidad excedió á todo encarecimiento: ni las cadenas y mazmorras, ni las miserias y trabajos, llegaron á abatir jamás su impávida firmeza, ó á desviarle un punto de la senda del honor; y aun los déspotas mismos que le oprimían, se vieron obligados á admirar la grandeza de su alma y la superioridad de su virtud."

Roscio muere antes del triunfo definitivo de Carabobo. Para esta época muchos de los hombres que con su talento, ilustración y energía, dieron vida al movimiento revolucionario, dormían ya el sueño de la tumba; pero la obra de sus extraordinarios esfuerzos, la Independencia y la República, estaban en pie, sobre el gran escenario de la his-

toria, recorriendo victoriosamente los ámbitos de Suramérica; y cuando Sucre sella después en Ayacucho, con su espada sin mancha, el cruento proceso de la guerra con España, sobre el campo humeante del combate, entre los fulgores de la gloria militar que inmortalizaba á los héroes de aquella jornada, allí estaba el espíritu de los Próceres Civiles que en 1810 habían proclamado audazmente en Caracas las grandes ideas que iluminaron la conciencia de los pueblos, embrutecidos hasta entonces por el despotismo y la ignorancia.

E. A. YANES.

DESENCANTO

Tú sólo vez la gloria de tu nombre
Aunque fortuna ruede,
Que el mayor mal que al hombre le sucede
No es el de la fiera, no, sino de otro hombre.
Que la fiera se amansa
Y el hombre en daño de otro no desuana.

(AGUSTÍN DE TEJADA.)

No sé con qué razón lo dijo alguno;
Mas sé que quien lo dijo,
Una grande verdad lanzó, de fijo;
Ya la dijera un *quidam* importuno,
O la dijera, con discreto labio,
Algún tunante, con disfraz de sabio.

¿Disfraz? . . . Pues sí, señor! . . . Mucho se usa
Entre los pobres hombres
Ansiosos de pescar brillantes nombres
ecta justicia les rehusa:
Se ponen el disfraz que el vulgo admira. . .
Pero sabios no son. . . ni en la Goagira.

Dice ese alguno. . . lo que todos dicen!
¿Quién hay quien se lo estorbe?
Afirma ese álguien, pues, que en todo el Orbe,
Los pobres y los ricos se maldicen,
Los chicos y los grandes se escarnecen,
Y todos, juntamente, se aborrecen.

Cuestión social, viejísimo problema,
Que á todo pobre ofusca,
Y al cual en vano solución le busca,
Viviendo siempre en sobriedad extrema.
De aquí que salte como herido potro;
Mas no lo digo yo. . . lo dice el otro.

Y dicen que el cariffo es vil patraña,
Que el afecto no existe,
Que todo es apariencia, sombra triste,
Y que con ella el hombre al hombre engaña:
Yo soy cual los demás, no soy distinto,
Ni halla en eso verdad mi propio instinto.

Y ¡qué mucho! si ha habido quien dijera
Que el mundo que habitamos,
Cuya terrible realidad palpamos,
Es sólo una ilusión, una quimera!
Si es falso lo que el hombre ve, de niño,
¿Qué fe puede tener en el cariffo?

Mas ah! . . . ¿Mentira es todo, aquí en el suelo?
¿Mentira los sentidos?
¿Mienten también los astros suspendidos
Sobre la inmensa bóveda del cielo? . . .
Y ¿esa mujer que con amor nos mira? . . .
¡La madre! . . . No! La madre no es mentira!

Será ilusión el mundo, pero pienso,
Por todo cuanto he visto,
Que si, aunque yo discurro, yo no existo,
Ni existe, en realidad, un Orbe inmenso,
Una verdad existe, aterradora,
Que bulle hasta en la lumbre de la aurora.

El hombre, ya en conjunto, ya disperso,
A la maldad se inclina;
Tal es el sentimiento que domina
En la vasta extensión del universo:
Su corazón,—profundo, negro abismo—
Repleto está de odio y de egoísmo.

El odio lo mantiene prevenido
Contra su propio hermano:
Desde el Caim, de corazón villano,
Está siempre al combate apercebido:
Es el sér más dañino de la tierra,
Pues vive siempre con el hombre en guerra.

El hombre—el de las artes, el labriego,
Aquel que en frágil barca
Azud surca los mares, el monarca,
El súbdito, el magnate, el docto, el lego,
El valiente que espada lleva al cinto—
En sí tiene de odio innato instinto.

El hombre—ese infeliz que nada sabe—
Por indole es inicuo;
En su orgullo se juzga sér conspicuo,
Y desconoce á Dios, que en él no cabe;
Y aunque aprende sintáxis y prosodia,
No sabe si es que ama, ó si es que odia.

El sér irracional, que el monte cría,
Es mucho más sociable
Que el sér de la razón! Haced que hable,
Y lección os dará de gallardía:
No hiere al compañero, no lo ofende;
Contra extraño enemigo se defiende.

Tranquilo entre el verdor de fresco pasto,
Y en medio á compañeros
Montaraces, indómitos y fieros,
Se muestra el bruto en el aprisco vasto,
Donde hacen ondas las espigas de oro,
Allá en el llano, donde paca el toro.

Y allá en las selvas, donde habita el tigre
Con séres de su raza,
No contra el uno el otro emprende caza,
Ni se ve nunca que ninguno emigre
A nuevos y sombríos horizontes,
Buscando abrigo en apartados montes.

No de tal suerte el hombre! Inicia raza,
En la maldad se inspira;
Envuelve en agasajos la mentira,
Y oculta en la sonrisa la amenaza,
Y por instinto hiere y asesina,
Y al interés la honra subordina.

El hombre alarga la piadosa mano,
Y la dádiva entrega
Si el aplauso le aguarda; mas la niega
Si ha de ejercer la caridad en vano:
Su corazón es podre, escoria, lodo. . . .
Honradez y virtud. . . . mentira, todo!

Y ved! En su egoísmo, dicta leyes,
Y en tirano se erige,
Y es su querer la sola ley que rige,
Y unce á su triunfo las humanas greyes:
Espanto causa la maldad del hombre,
Su odiosa iniquidad no tiene nombre.

Tal es la humanidad! Su ángel custodio
Es el metal que brilla!
Enjambre de reptiles, maravilla
De rencor, de maldades y de odio!
Y si es el hombre un sér de lodo lleno
¿A qué dudar? . . . La humanidad es cieno!

Del uno al otro polo, en todo el mundo,
Engaños y mentira!
El mundo, tal cual es, sólo me inspira
Aversión y desdén—desdén profundo—
Y por eso ni un ápice siquiera
Me importó á mí la humanidad entera.

J. J. BRECA.

CONCHITA MICOLAO

EL COJO ILUSTRADO engalana hoy sus columnas con el retrato de la distinguida artista señorita CONCHITA MICOLAO.

Nació predestinada para brillar en el cielo esplendoroso del arte.

Por eso su canto participa de la espontaneidad con que la alondra entona sus dulces canturrias, saludando la nueva aurora, al par que el centurión acaricia las galanas flores que esmaltan la pradera.

Educada en Europa por una de las celebridades de la escena lírica, posee CONCHITA todos los recursos que procura el estudio concienzudo del arte. Su hermosa voz de *mezzo-soprano* es de aquellas excepcionales por la pureza y claridad de las notas agudas, como por su bien timbrado registro de contralto.

Pero el secreto de conmover de que ella dispone, no consiste sino en el *quid divinum* que sólo prodiga la Providencia á sus predestinados.

La perfección del mecanismo, la ejecución acabada de los adornos del canto, y hasta la más justa entonación, unida á un timbre hermoso y simpático, no bastan para llegar á conquistar en justicia el título de verdadero artista.

La *expresión* es la única capaz de penetrar en el alma, haciendo vibrar hasta las fibras más delicadas del sentimiento.

La señorita Micolao conoce la parte técnica del canto, y posee el arte de la expresión. ¿Cómo no ha de cautivar á sus oyentes?

En la poética Italia, cuna del arte, recibió CONCHITA su bautismo de celebridad, alcanzando el aplauso de maestros y soberanos; aquí cosecha el inesplicable placer de sentirse acariciada por el grato rumor de alabanzas que á sus compatriotas inspiran su talento y sus virtudes.

Qué mayor gloria!

Feliz CONCHITA que triunfa siempre, aprisionando corazones y haciendo brotar el aplauso entusiasta y desinteresado.

S.

Después que publicamos en nuestro número anterior la poesía de Díaz Mirón titulada *A una mujer*, un amigo nos proporcionó el número 303 de *El Pabellón Nacional* de Méjico, en que corre inserta otra producción del mismo célebre poeta y que contiene estrofas enteras y pensamientos sueltos de aquella. La primera la obtuvimos en copia manuscrita como revistiendo el carácter de inédita, y queremos hoy reproducir la segunda para que los que conocen íntimamente al señor Díaz Mirón juzguen de cuál de las dos composiciones es la original.

A LAS PUERTAS

Al fulgor ensangrentado
De una hornaza negra extinta;
Junto al yunque en que el ardiente
Hierro herido arroja chispas;
Levantando y abatiendo
El martillo que fatiga;
Sudoroso y atezado,
Un Vulcano está á tu vista.

Esta atmósfera de infierno,
Roja á fuerza de encendida,
En que el ciclope trabaja
Como en una pompa olímpica,
Bien pudiera sofocarte
Con su fuego y su ceniza
¡Que de tí no entre aquí más
Que la luz de tus pupilas!

No penetres en el antro,
No busques idolatrías
En este taller,—panoplia
De tantas sagradas iras!
Yo amo la belleza, es cierto;
Mas no á la manera antigua;
Vástago de esta centuria,
Voy por donde ella me guía.

Ni la estética en su arena
Premia, como antes solía,
El más melódico beso
Aplicado á una mejilla;
Ni en los litigios famosos,
Que dirime la justicia,
La desnudez de Frinea
Es hoy razón decisiva.

Tu lugar no está en mi fragua.
¿Qué te importa la obra mía?
Yo no labro joyas de esas
Que á las mujeres cautivan:
¡Forjo armaduras, escudos,
Cascos, espadas y pías,
Para todos los derechos
Que combaten por la vida!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

NUESTROS GRABADOS

Venus acariciando al Amor

El rapaz trae á la madre Venus corazones traspasados que son muestra de su cierta puntería, y Venus complacida y satisfecha premia con caricias la habilidad del niño alado que le asegura la perpetuidad de su imperio con la transmisión perpetua de la vida. Por sobre las innumerables bellezas del cuadro está la de la expresión de los rostros, que nos recuerda, aunque en diverso orden de ideas, la inmortal inspiración de Rafael.

Vicente Coronado

Los apuntes biográficos sobre este conocido escritor y hombre público van en otra sección, á la que remitimos á nuestros lectores.

El retrato, de notable parecido, es obra del siempre acertado Herrera Toro, quien como ya lo habrán observado nuestros lectores, es además de inspirado artista y hábil dibujante muy notable fisionomista.

Conchita Micolao del Río

Mucho nos complace ofrecer á nuestros abonados el retrato de aquella que no vacilamos en calificar de gloria venezolana y que al brillante porvenir que le aguardara en la escena prefiere la modestia del hogar donde se acendra la virtud.

Llamamos la atención de los lectores sobre la noticia del último concierto de la señorita Micolao que se dá en la Revista de la Quincena de nuestro presente número.

Redescalc Uzcátegui

En otra sección, así como en la Revista de la Quincena, se habla de este hábil pianista y notable compositor que tanto ha llamado la atención en estos días. Ocurran, pues, allá nuestros lectores, por más noticias sobre este aplaudido ingenio venezolano.

Quinta de San Pedro Alejandrino y estatua de Bolívar

La célebre quinta de San Pedro Alejandrino, donde terminó sus gloriosos días el Semidios de la América latina, es hoy propiedad del Gobierno de Colombia, el cual ha erigido allí una estatua pedestre á Bolívar. De una y otra reproducimos hoy las vistas en grabado.

La estatua, que es de mármol blanco, y mide dos metros y medio de altura, representa á Bolívar en actitud de entregar su última proclama, contenida en el pliego que tiene abierto en la mano izquierda. Sirvió de modelo para la ejecución del rostro la mascarilla tomada sobre el cadáver del héroe por su último médico el Doctor A. P. Reverend. El parecido, pues, debe de ser perfecto.

El Gobierno de Colombia celebró con solemnidad la inauguración de esta estatua y ha embellecido como conviene el histórico sitio de San Pedro Alejandrino, uniéndolo además por una avenida á la ciudad de Santa Marta.

Recitación al piano

Salvador N. Llamozas es con justicia uno de nuestros más populares compositores: sus preciosas fantasías, sus bellísimas paráfrasis sobre temas nacionales, sus celebradas piezas de baile, acusan muy delicado sentimiento, exquisito gusto y pleno conocimiento del arte en este inspirado hijo de Cumaná, en quien corren parejas las dotes del artista músico con las del artista literato, y en quien encuentra todo el que tiene la fortuna de tratarle las prendas de un perfecto caballero.

La composición de Llamozas que hoy publicamos es una delicada melodía compuesta para acompañar la recitación de algunas estrofas del poeta Gonzalo Picón Febres, quien mucho se distingue por lo brillante de su forma literaria.

Compañía de Gas

Tres vistas de las oficinas de elaboración de la empresa que nos suministra el gas para el alumbrado publicamos hoy.

Parte del año de 1883 la existencia de esta empresa que después de pasar por mil vicisitudes ha logrado al fin alcanzar condiciones de estabilidad.

El señor Enrique Valiente, ciudadano americano, activo, inteligente y laborioso, residenciado en Venezuela desde hace algunos años, fué el contratista promotor de la compañía que quedó definitivamente constituida el 27 de febrero de 1884, y cuyos trabajos fueron inaugurados en el mismo año bajo la administración anterior del General Joaquín Crespo.

La Compañía, cuyo capital alcanza hoy á B 1.500.000, suministra el gas para el alumbrado público en la capital y para el de gran número de establecimientos y de casas particulares.

Entre los accionistas que más han contribuido con sus esfuerzos al buen éxito de esta respetable empresa industrial se cuenta á los señores H. L. Boulton, J. E. Linares y Ramón Rodríguez H., á cuya inteligente cooperación se deben en gran parte los resultados obtenidos, no menos que á la del señor Eduardo M. Díaz, actual gerente, quien ha desempeñado por varios años este puesto y contribuido por notoria manera con su inteligencia y contracción al buen funcionamiento y visible progreso de la empresa.

Loables son los esfuerzos que esta Compañía viene haciendo desde su fundación por satisfacer las exigencias del público, y digna del mayor encomio su conducta en meses pasados, cuando prefirió hacer ruinosos sacrificios, antes que dejar á oscuras la ciudad en momentos aflictivos para nuestra sociedad, tan conturbada por entonces.

Air de Ballet

(Por Redescalc Uzcátegui)

Véase la Revista de la Quincena, pág. 75.

El Amor y El Hado

De fijo que no es Hado bueno este que nos presenta Doré en actitud de cortar el hilo que tiene en sus manos el amor. Todo demuestra en la escultura á que aludimos que no es este un Hado protector. Bien lo dice la actitud triste del amor prisionero é inactivo.

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:
CONCHITA MICOLAO DEL RÍO
ATENEO DE CARACAS
CARNAVAL
REDESCAL UZCATEGUI
COMPANÍA CÓMICO-DRAMÁTICA

Como estaba anunciado, verificóse en la noche del 3 del presente mes el concierto de la señorita Conchita Micolao del Río. No habiéndonos nuestro reciente duelo permitido asistir á la velada, hemos obtenido la reseña que copiamos de un bondadoso y muy inteligente amigo, persona de educada estética y que ha visto y oído cuanto en el mundo hay que ver y oír en materia de artes.

Hé aquí la reseña mencionada:

"En el concierto con que en la noche del 3 del corriente mes nos deleitó en el Teatro Municipal la señorita Conchita Micolao, ésta nos dejó ver, muy luego que apareció ante el público, que oíamos no á una aficionada sino á una virtuosa. Hay que juzgarla, pues, como artista, y como artista de *primo cartel*, bien que no estemos apertrechados de todos los conocimientos en el arte necesarios para apreciarla debidamente.

"El diapason de mezzo-soprano-contralto se enlaza bajo, medio y alto con igualdad completa, y su simpática voz, educada admirablemente por la bien comprendida escuela de puro origen y bien guardada tradición de los maestros italianos, si no es de poderoso volumen tiene el suficiente para llenar un teatro. Bien dirigida su educación artística, nada le falta: pureza y redondez de sonidos, ligereza y gracia en la vocalización, gradación perfecta en los *crescendos*, prodigiosos efectos en los enlaces, y conocimientos nada comunes en la expresión del sentimiento dramático de la frase que hace sentir al auditorio con color y claridad precisos.

"Las piezas escogidas para el concierto, si bien no eran de las más familiares para el público, fueron muy á propósito para hacer espléndido el triunfo; y los entusiastas aplausos que en todas y cada una de ellas arrancó la señorita Micolao vinieron á demostrarlo. Aquella voz admirable mantuvo constantemente fascinado al público, que lamentaba el término de cada una de las magistrales obras que le hacían gustar. En *El Profeta*, trozo que acometen siempre con temor las artistas todas, nada dejó que desear la señorita Micolao aún á los más exigentes. Brillante, valiente se manifestó en la cavatina de *Romeo y Julieta*; como prodigiosa vocalista en el difícil *capo d'opera* del *Barbero* y en el no menos difícil trozo de la *Cenerentola*; y con exquisito sentimiento, gracia fina y cabal gusto artístico, en *el bolero y romanza*.

"Satisfechos de tan bien interpretadas obras, y bajo la dulce fascinación que nos dejó la señorita Micolao, nos preguntábamos á nosotros mismos, ¿cómo se explica que después de tantos años de labor como han sido necesarios para que este brillante, de suyo bello, haya mostrado sus facetas de tan limpias aguas, no lo veamos lucir esplendoroso en la diadema que corona la frente de las actrices de la escena lírica? ¿Por qué si ha logrado subir tan alto y sorprender al arte tantos y tan difíciles secretos, no ha solicitado lo que parecía natural, llegar al palco escénico, la aspiración de todos, para embriagarse con los aplausos que tanto agradan como recompensan de los grandes esfuerzos que cuesta el obtenerlos, y que sólo con deseárselo alcanzaría la señorita Micolao, en quien corren parejas la simpática figura y las bellas cualidades artísticas? No nos lo explicamos sino por el natural temor, nacido de las condiciones de su sexo y de las inspiraciones del hogar, delicadísimos puntos cuyo velo no debemos levantar porque pertenecen al sagrado de la conciencia, que exige cabal respeto. Mas, ya que resuelta parece á no cosechar laureles en la escena, le queda una obra de no pequeño mérito que llevar á cabo en pro del adelanto y provecho del arte entre nosotros: la fundación de una escuela donde trasmita ella sus muchos conocimientos y donde se formen y eduquen convenientemente las voces de nuestras jóvenes entusiastas del divino arte."

*

El domingo 5 de este mismo mes quedó instalado en Comisión Preparatoria el "Ateneo de Caracas," habiendo asistido á la instalación gran parte de

los miembros fundadores, nombrados por especial resolución del Ministro de Instrucción Pública. Este nombró al abrirse el acto Secretario de actas al señor Don Diego Jugo Ramírez, y Secretario de correspondencia al autor de estas revistas, provisionalmente. Se nombraron, también por la Dirección, comisiones para redactar el reglamento, para formular el programa de la inauguración solemne, y para participar al Jefe del Ejecutivo Nacional la instalación de la Academia en Comisión Preparatoria.

La próxima reunión se efectuará en esta fecha, y la sesión tendrá por objeto empezar la discusión del proyecto de reglamento, así como tomar nota de la miembros que se incorporen.

Activamente se trabaja por instalar de manera definitiva este importantísimo Instituto de manifestación utilidad pública, que viene á estimular entre nosotros el desfaldecido cultivo de las ciencias y las letras y que ha sido acogido, desde su creación por Decreto Ejecutivo de 7 de enero próximo pasado, con verdadero entusiasmo por cuantas personas amantes del estudio y del progreso de la Patria comprenden la necesidad de este cuerpo docente y lo beneficioso de sus ulteriores resultados.

Todos los señores miembros de esta Academia deben asistir á las sesiones: demostrarán con ello patriotismo y aprecio justo del noble pensamiento que presidió la creación de este Instituto, cuya existencia y estabilidad redundarán en honra y gloria de la Patria y en satisfacción y provecho de sus fundadores.

Sabemos de muchos de los miembros del "Ateneo" que han empezado ya sus trabajos para la conferencia de recepción. Así, la acción benéfica de la institución se hará sentir casi inmediatamente después de ser ésta inaugurada, porque, públicas como serán las conferencias, á ellas podrán asistir las personas cuyos quehaceres les impidan instruirse sin fatiga intelectual.

*

—¿A que no me conoce?

No quinientas ni mil veces; mucho más: quizás dos ó trescientas mil por día, hemos escuchado en los del carnaval la pregunta con que encabezamos este párrafo. Ponerse la careta y hacerle con voz gutural al primero que pase la consabida preguntita "¿a que no me conoce?" todo es uno; y desde ese momento ya todo cristo está sentenciado á sufrir una especie de discurso que empieza con la cargante preguntita y continúa interrumpido de cuando en cuando por una especie de quejidos ó gritos semejantes á los que dan las mujeres en los baños de Macuto.

Convengamos en que tiene muchísima gracia, eso de que de manos á boca se tropieze usted con el botador de basura, que anda metido en unas bragas, y le abraza á usted con efusión, y echándole á las narices su "aliento de ensalada fiambrera trasnochada" mezclado con cierto tuflido de aguardiente doble, le espete el susodicho "¿a que no me conoce?" con familiaridad pasmosa. Sí, tiene muchísima gracia . . . para él.

También es sumamente chistoso, y agradable hasta decir basta, eso de que la cocinera, que anda con enaguas de tarlatán á la rodilla, corpiño de idem con adornos de papel dorado, corona de reina y careta de inglés ebrio, le detenga á usted para echarle almidón por la derecha, arroz pintado por la izquierda, papelillos en la cabeza y agua sucia con esencia de clavos en las narices.

¿Y qué dicen ustedes de los amigos que en la embriaguez del entusiasmo, si desde el coche forrado de colchas le descubren á uno en medio de un grupo, se proponen demostrarle su cariño tirándole pepas, no como para abollarle el *pum-pá*, sino como para dejarle á uno allí levantada la tapa de los sesos?

Y donde dejan ustedes á esos encantadores chicos que se amontonan debajo de las ventanas y corren detrás de los coches formando aquel delicioso concierto de voces atipladas con que cantan "aquí es," "aquí es," "aquí es."

Y los cocheros improvisados que desencaran de la caballeriza un quitrín viejo arrebatando su dormitorio á las gallinas, y cubriéndole con banderas las injurias de las aves domésticas, le enganchan un jamelgo tísico y despedido, y salen luego tan campantes, llevando las riendas con ambas manos y viendo con aire de triunfo á derecha é izquierda?

¿Y el tipo del entusiasta por excelencia, que, con su cartuchino en una mano y su perfumador en la otra, va de ventana en ventana, echando en cada una cuatro confites y un chisquete, y al ademán, solo al ademán que hacen las damas de echarle las basuras de la ventana, se acurruca, y luego sigue su camino con una sonrisa que vale un mundo por lo típica?

Y eso que les hacemos á ustedes gracia de los tejedores de cintas, que ejecutan su maniobra con un dengue y un aquel que vale una paliza.

Y librése á ustedes Dios de dar con alguno

de esos prójimos que conozco, que hacen, quierans que no, una relación circunstanciada con digresiones de á legua, de todo lo que han hecho en los cuarenta y siete carnavales en que han sido actores, desde que se jugaba con agua y almagre hasta el presente en que no toman parte porque ya están *descantados*. Al que le caiga una de estas loterías, ya tiene para bostezar quinientas veces, exponiéndose á que le llenen otras tantas la boca de basuras.

Agréguese á todo esto esto cincuenta mil empellones, diez ó doce palizas, otras tantas escenas de esas en que salen á brillar los revólvers, unos cuantos ojos reventados, tres ó cuatro chiclelos despachurados por los coches; dos mil litros de aguardiente, mil de brandy y diez mil de cerveza, consumidos en tres días; cien entierros en el resto de la semana y lo que se nos queda en el tintero, y díganme: ¿no es verdad que todo esto es delicioso?

*

En la noche del viernes 10 del mes que corre llevé á efecto el primer concierto de Redescal Uzcátegui, alumno laureado del Conservatorio de París, joven compatriota de quien varias veces hemos hablado antes, á quien hemos aplaudido de todas veras y volveremos á aplaudir con el mismo entusiasmo, siempre que tengamos la fortuna de oírle.

Selecta concurrencia llenaba en aquella noche el vasto Coliseo Municipal, ansiosa de conocer al que habría de ser héroe de aquella fiesta, á quien cada cual se imaginaba á su manera con talla y aspecto físicos que correspondiesen á su talla artística. Sorpresa debieron de experimentar estas personas cuando vieron presentarse en la escena á un joven apenas salido de la adolescencia, notablemente pálido y delgado, cuya frente despejada se eleva en pronunciada curva sobre unos ojos brillantes de singular expresión, la que se acentúa de visible manera tan luego empieza el pianista la ejecución de alguna pieza.

En la noche á que nos referimos, Redescal Uzcátegui nos hizo oír la *Vuella al Hogar*, la *Sonata en mi menor*, los *Recuerdos* y el *Air de Ballet número 2* que hoy publica este periódico, todas obras suyas de subido mérito; y el *Allegro appassionato*, la *Polonesa en la bemol*, el *Trémolo*, la *Rhapsodie d'Auvergne* y el *Concierto en sol menor*, obras de suma dificultad de Saint-Saens, Chopin, Gottschalk y Mendelssohn, respectivamente.

En las primeras dió á conocer el compositor sus felices aptitudes para materia tan difícil, así como sus conocimientos en la moderna escuela, emancipada de la puramente melódica italiana, grata esta al sentimiento y al oído, es cierto, pero no razonada, filosóficamente artística como la primera; y en todas las piezas, tanto en las propias como en las de los célebres autores extranjeros que hemos citado, exhibió Uzcátegui su correcta ejecución, produjo efectos sorprendentes y cautivó al auditorio que le llamó repetidas veces á la escena.

Tomaron parte en esta velada artística los esposos Peguio, el profesor S. Díaz Peña, el señor Ernesto Porras y la orquesta dirigida por el profesor Régulo Berra.

Con ser tantos los conocimientos adquiridos por Uzcátegui y haber logrado sus facultades tan notable desarrollo, no ha concluido aún su educación artística. Prometen tanto sus aptitudes de compositor que débeseles nutrir y vigorizar para que produzca él obras de aliento que redunden mañana en honra y gloria de la patria. Esto sólo podría lograrse con la vuelta de Uzcátegui á Europa por algunos años. Hay que proteger, por orgullo nacional, ingenios como éste, capaces de darle en no lejano día mayor lustre al nombre de la patria.

*

Se nos dice que la Compañía cómico-dramática que dirige el señor Amato está próxima á dejar á Caracas, lo que sentimos de todas veras, pues no han sido para echarlos en olvido los buenos ratos que debemos á estos simpáticos actores.

Sentimos que circunstancias extrañas á nuestra voluntad nos hayan privado de asistir á las últimas funciones, motivo este de que no demos cuenta á nuestros habituales lectores del éxito que hayan aquellas obtenido; mas, refiriéndonos á informes de personas de ilustrado criterio artístico, que sí han asistido, podemos asegurar que no sólo no ha decaído la Compañía de como se mostró en las primeras representaciones, sino que, como siempre sucede, después de más familiarizados los artistas con el público han dado más libre vuelo á sus facultades, ascendiendo por esta razón en el concepto de los espectadores.

Ojalá resolviera el señor Amato prolongar su permanencia entre nosotros por algunos días y presentarnos algunas otras piezas de su escogido repertorio, tales como *Le monde ou l'on s'ennuie*, traducida al español con el nombre de *Las tres jaquesas*.

ENCARNACION B. DE OSIO

Súbito rayo de incomparable desgracia ha herido el hogar hasta ayer feliz de nuestro amigo el respetable, honrado y laborioso señor Federico L. Osio. Hombre del hogar, esposo y padre amantísimo, para quien es el trabajo la forma de su culto a los deberes sociales y privados, el señor Osio ha visto desaparecer en breves horas a su virtuosa y fidelísima consorte, a la madre ejemplar de los renuevos de su vida. Ya se comprenderá cuán intenso es su dolor, en el que le acompaña la sociedad toda que pierde con la muerte de tan distinguida matrona un dechado de respetabilidades y virtudes acendradas.

E. M. y M.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

—¿No hay esperanza? preguntó Margarita.

—Siempre hay en estos casos la esperanza de que el médico se haya equivocado. Pero es necesario que le diga a usted mi opinión en beneficio del niño que es preciso cuidar.

—Sin embargo usted piensa que quizás con la desaparición de estas horribles neblinas y un poco de sol y calor, y la observancia cuidadosa de sus órdenes, teniendo el paciente buena alimentación...

—¡Ah! dijo el médico sonriendo al oír expresarse así a Margarita,—si las condiciones para su restablecimiento se vuelven más favorables...

—Serán favorables, dijo Margarita con decisión. Y ahora repítame usted lo que tengo que hacer para que de ese modo no olvide nada.

El médico repitió sus instrucciones, y Margarita, engañándose con las esperanzas que ella misma se había forjado, regresó a la cabecera de la enferma con un rostro lleno de alegría y que infundía consuelo.

—No es ni con mucho tan malo como yo creía, amiga mía, dijo con acento risueño. Sólo tenemos que seguir implícitamente las instrucciones del médico, y cuando venga el buen tiempo...

Aquí se detuvo y dirigiéndose al chiquitín, que entre tanto había dado cuenta de un pudín destinado a su madre, le preguntó que había hecho con él.

—Todo está aquí, replicó el chiquitín cruzando lleno de contento las manos sobre el estómago.

Esta respuesta hizo reír a Margarita y a la madre. Después Margarita le lavó la carita al niño, sacó de una gaveta varias piecitas de ropa para que la madre escogiera las que había de llevar el chiquitín, a quien vistió bajo su dirección. Terminado esto, arregló el cuarto, dándole el aspecto más bonito que pudo. Cuando no hubo más nada que hacer se sentó junto a la cama de la enferma y hablaron del niño: luego le preguntó si deseaba que escribiera por ella algunas cartas, o enviara un mensaje a algunos amigos que tal vez se alegrarían de saber como se encontraba.

—Yo no tengo ningún amigo en Inglaterra, replicó la enferma; y luego, después de un momento de reflexión, dijo:—pero me alegraría mucho si usted quisiera escribir un par de líneas a uno que está en América. He tratado de hacerlo yo misma, pero mi mano está como si yo..... y empezó a llorar amargamente.

—Sí, amiga mía, sí, replicó Margarita con dulce y consolador acento. No hay cuidado, pronto se encontrará usted fuerte para hacerlo por sí misma.

Buscó papel y demás adminículos, y sentándose le suplicó le manifestara lo que debía de escribir.

—Escribale usted que el médico dice.....

Margarita tembló. Viéndola que vacilaba la enferma dijo:

—¡Ah! No había pensado en ello. Usted no sabe como encabezar la carta.

Esa es justamente la dificultad, dijo Margarita.

—Escriba usted: "Mi querido esposo," y después dígame que he estado enferma, pero que pronto estaré buena—¿no es eso lo que ha dicho el médico?

Margarita no podía decir "sí" redondamente, pero evadió con destreza la pregunta escribiendo con rapidez, y preguntando con semblante risueño:

—¿Qué más?

—Dígame usted que he ahorrado bastante dinero para nuestro pasaje, y que tan pronto como el médico me permita salir a la calle iremos a reunirnos con él.

La carta fué escrita y entregada a la enferma, que llevó el papel a los labios, y después escribió al pie de las líneas su nombre—"María."

La carta estaba dirigida a Mr. John Heath, Brooklyn, Estados Unidos de América. Antes de cerrarla, María escribió una línea en una hoja de papel que incluyó en la carta. Sus palabras eran las siguientes:

"No debe usted esperar que su esposa vaya a reunirse a usted."

Margarita tuvo cuidado de que su amiga no careciera de nada: las órdenes del médico eran obedecidas al pie de la letra, y como si la Providencia hubiera respondido a sus oraciones, la neblina desapareció y el sol brilló hermosamente.

—¡Oh! ¡pronto podré salir! exclamaba la enferma alegremente.

—Sí, mi querida amiga, le decía Margarita, que en su interior sabía que no se realizaría jamás.

La enferma fué decayendo de día en día, y sin embargo ni un momento perdía la esperanza de estar pronto en estado de abandonar su lecho.

Una tarde Margarita se hallaba sentada a la cabecera mientras Eddy, que así se llamaba el chiquitín, estaba examinando un libro de láminas que ella le había regalado. María había estado algún tiempo con los ojos cerrados. Fuera de la habitación se oían personas que hablaban en voz baja, y pasos de alguno que se acercaba; pero María no se despertó. Entonces la puerta se abrió, y entró un hombre que se dirigió al lecho y se inclinó sobre la enferma dormida. Esta abrió los ojos casi instantáneamente, y con un grito de alegría extendió los brazos al redor de su cuello.

—¡Ah! ¡mi querido esposo! exclamó. Bien sabía que habíamos de volvernos a ver; lo sabía. Lo he estado esperando.

Yo me hallaba abajo arreglando con el dueño de la casa el asunto del alquiler de los cuartos de la pobre enferma poco antes de la entrevista descrita. Cuando salí de la casa, se detuvo un carruaje delante de ella, y saltando de él un joven precipitadamente me preguntó, como quien está de prisa:

—¿Cuál es el número 35?

—Ese, repliqué señalando la casa de que había salido.

—¿Es usted el marido de la señora Heath? le pregunté a mi vez.

—Sí, me respondió con prontitud.

—Vive en el último piso, le dije.

Sin darme apenas las gracias, entró en la casa.

—¿Dónde he visto yo antes a este hombre alto, delgado, y de rostro lleno de ansiedad? me preguntaba mientras me dirigía lentamente a mi casa. De repente me detuve como si me pareciera que le había visto en la oficina privada de Motley. Entonces tuve casi la seguridad de que era Burns, el dependiente que había robado el Banco.

CAPITULO XVI

Precisamente cuando me entró la convicción de que el marido de la enferma no era otro sino Burns, vi a Felipe que volvía de su trabajo con su saco de herramientas en la mano.

—¿Vive aún nuestra amiga? me preguntó.

—Sí; y su marido ha llegado.

—Me alegro contestó Felipe.

Le acompañé a su morada dudando si le haría o no participe de mi descubrimiento. Me decidí, sin embargo, a no decir una palabra.

Como no era aún tiempo de ir al teatro, me senté con Felipe mientras tomaba el té.

En estos momentos se abrió la puerta y Margarita entró con Eddy, y al ver el dolor que revelaba su rostro comprendimos que todo había terminado.

—¡Todo acabó! exclamó Margarita conteniendo los sollozos.

Felipe le estrechó la mano y la consoló, mien-

tras que yo tomé al niño en mis brazos y le di un pedacito de pastelillo para distraerle, pues la pobre criatura, a pesar de no comprender nada, al ver a todo el mundo apesadumbrado estaba a punto de romper también a llorar.

Pocos minutos después llegó Burns. Nunca he visto a un hombre tan abrumado por el dolor. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y durante algún tiempo no pudo pronunciar una palabra. Ni Felipe ni él se reconocieron al principio, sino algo más tarde.

Margarita, de todos nosotros, era la única que supo dominar su emoción en estos momentos. Tomó al chiquitín en su regazo, y sentándose al lado de Burns, empezó a hablar con el niño que tenía fijas sus atónitas miradas en su padre.

—Tiene los ojos de su madre, dijo Margarita con acento lleno de dulzura, y agregó: "¿quieres ir con tu papá, Eddy?"

El chiquitín extendió sus bracitos y el padre le tomó, y al sentir las tiernas manecitas de su hijo que se asían a su cuello, las lágrimas le rodaron de nuevo por las mejillas. Pero le fueron de considerable alivio, hasta que al fin su dolor se calmó un tanto. Entonces Margarita dijo:

—No podemos ofrecer a usted una habitación pero Eddy se quedará con nosotros hasta que usted pueda hacerse cargo de él. Voy a enviar por su camita.

—¡Dios los bendiga a ustedes por todo lo que han hecho por mí y los míos! dijo Burns. Entonces se levantó para partir, y yo hice lo mismo, de modo que salimos juntos. Margarita le extendió la mano que estrechó con efusión; pero él no ofreció la suya a Felipe, ni éste tampoco le tendió la mano. Entonces vi que mi amigo había reconocido a Burns, que éste se daba exacta cuenta de su posición. No dejaba de ser curioso que aquellos que más habían protegido a su esposa fueran precisamente los que más se habían perjudicado con su mala acción.

Anduvo en silencio a mi lado durante algunos minutos, y entonces dijo:

—Me parece que nos hemos visto antes de ahora. ¿No se llama usted Holderness?

—Sí, contesté: nos hemos visto en la oficina del señor Motley.

Hubo una pausa, y al cabo de poco habló de nuevo:

—Uno de los inquilinos de la casa me ha dicho que mi pobre esposa se habría visto puesta en la calle a no haber sido por la bondad de la señora de Harlowe.

—Es la pura verdad, le contesté. La habrían arrojado a la calle y sus pocos muebles se habrían vendido, a menos que se hubiera privado de parte de la suma que había ahorrado para ir a reunirse con usted en América. Y yo creo que ella hubiera preferido padecer cualquiera cosa antes que abandonar esa esperanza.

Inclinó la cabeza y no pudo decir nada.

—Sí, continué: la señora de Harlowe es una mujer como hay pocas. Su caridad, su cariño, no conocen límites. Y el señor Harlowe es también una persona generosa; un hombre de corazón, un verdadero caballero.

Tampoco replicó nada a esto, y habiendo tomado mis ideas otra dirección, dije:

—¿No sabía usted que su esposa se encontraba tan gravemente enferma antes de recibir las líneas de la señora de Harlowe?

—No, no. ¡Ojalá lo hubiera sabido! No se habría aumentado mi ansiedad. Siempre me escribía llena de esperanzas. Me decía que había ahorrado dinero, y que iría a reunirse conmigo: de modo que cuando se pasaron diez días sin recibir ninguna carta suya, creí que se había embarcado. ¡Ah! ¡mi pobre, mi querida María!

Y tratando de olvidar su pérdida, cambió el asunto de la conversación.

—¿Cómo es que el señor Harlowe y su esposa han venido a vivir a este vecindario? me preguntó.

—¿No tiene usted noticias de lo que ha sucedido después de la partida de usted?

—No: no sé nada de lo sucedido después de mi partida. El señor Motley me prometió mantener en secreto mi delito durante veinticuatro horas. Eso me facilitó la huida, y antes de que yo pudiera recibir noticia alguna, ya había partido de Bremen para Nueva York.

Continuará

AIR DE BALLET

Nº 2

A MI MADRE

REDESCAL

Allegretto
Pieno

cresc...

riten

Sumando *riten*

tre corde 33.

molto allargando

RECITACION AL PIANO

Testimonio de amistad á las señoritas E. y H. Rodríguez España

Poesía de Gonzalo Picón Febres

Música de Salvador N. Llamozas

Andantino

a tempo
esprasio
 Ya no toma el ingrato a la villa. Donde juntos comimos los dos. Te contempló su tréna
con anima
 sonrisa. Ni escuchó en los aires su trémulo adios. Ya no miro la luz de los cielos. En su placida florita
 brillar. Si percibo en las alas del viento. Por mentes y valles sus voces rolar. Yes en vano que busque
cantando
 en la arena. Las palabras que un tiempo acerbó. Que ya el mar con profunda tristeza. Y escondió en la oreja
 sus huellas bore. Yes en vano que busque a la lejos. De la luna al doliente fulgor. Y su alipia barca
con moto
legato p
 los remos. Que cortan las olas con ritmo ruma. Soli la esbelta figura galopante bordonada pa el templo
con passione
 volar. Y está batiendo mi alma, y la vital. La siento del pecho veloz ceafar. Ya pasaron pasaron los
 días. De mi amor y mi vida. Solo quedan recuerdos, rimas. Una cent, una cent, una cent